

Movilidad social y migración en Brasil: revisión bibliográfica y elementos empíricos para el análisis*

Paulo de Martino Jannuzzi**

La movilidad social y movilidad espacial significaron rasgos fundamentales en la construcción de la sociedad urbano-industrial brasileña del siglo XX. La industrialización y urbanización generaron las condiciones para unificar el mercado de trabajo brasileño, así como la transición de una estructura ocupacional asentada en puestos de trabajo agrícolas dirigidos a un espectro ocupacional más amplio y diversificado, si bien desigual en términos de calidad e ingreso de los puestos de trabajo generados. En este proceso, los migrantes de la zona rural, en especial los del nordeste, fueron los que presentaron las cifras de movilidad ascendente más elevadas por su estatus socio-ocupacional de la ocupación ejercida en el campo. Hacer patente esta articulación entre la movilidad social y la migración en Brasil, en el pasado y en el periodo más reciente, constituye, entonces, el objetivo de este trabajo. Para ello, se inicia con un ensayo bibliográfico sobre la movilidad social y su relación con la movilidad espacial en Brasil a lo largo de los últimos cincuenta años, desde el periodo de formación de la sociedad urbano-industrial hasta los años noventa, pasando por la “década perdida”. Se finaliza con la presentación de algunas evidencias empíricas recientes sobre los (des)caminos de la movilidad social en el país a la luz de los datos levantados por la PNAD de 1996.

Introducción

Durante las últimas décadas, la articulación entre movilidad social y migración ha sido objeto de estudio de un grupo importante de investigadores en Brasil. La cuestión de la inserción ocupacional del migrante en el mercado de trabajo y de su adaptación social en la sociedad de destino ha sido un tema recurrente en la literatura, a pesar del énfasis otorgado a distintos campos temáticos, ya sea tomando en cuenta la migración en sus diversas manifestaciones como objeto central del análisis (migración rural-urbana, migración a los grandes centros metropolitanos, flujos provenientes del Nordeste a Sao Paulo), la investigación de la movilidad socio-ocupacional, o bien, las transformaciones estructurales del mercado de trabajo como preocupación principal.

La migración, en una cierta línea de estudios, pudo ser un medio de ascensión social para sus protagonistas y un factor estructuralmen-

* Traducción de Graciela Salazar Juárez.

** Profesor de PUC, Campinas. Analista de la Fundación SEADE, doctor en Demografía por la Unicamp.

te importante para explicar la intensa movilidad social ascendente en Brasil en los últimos 50 años.¹ Ya sea en una u otra perspectiva analítica, no es posible comprender de manera única el significado de la migración en personas o grupos sociales, en virtud de que mientras para cierto tipo de migrante la movilidad espacial puede proporcionarle una mejor inserción socio-ocupacional en la sociedad, para otro significa una de las pocas estrategias, si bien inevitable, de sobrevivencia básica y garantía de su posición en la estructura social.

Sin que tal cuestión pudiera responderse de manera exhaustiva en los años setenta –periodo “áureo” de los estudios sobre la problemática de la migración, el mercado de trabajo y la movilidad en los países de América Latina–, la década de los ochenta trajo nuevas y contrastantes evidencias en su análisis.² A partir de entonces, la movilidad ocupacional y la dinámica de la migración en el país empezaron a exhibir tendencias diferentes a las que prevalecían en la construcción de la sociedad urbano-industrial de Brasil. La crisis del inicio de los años ochenta, las oscilaciones cíclicas y anticíclicas vividas durante esa década, la recesión de 1991 y 1992 y la reestructuración productiva efectuada en los años noventa, reflejaron con claridad las posibilidades de la movilidad ocupacional y social de la mano de obra, que repercuten de manera natural sobre el patrón de redistribución poblacional en el país y en el estado de Sao Paulo, expresión emblemática de la “modernización” urbano-industrial a lo largo del siglo constituido como escenario privilegiado de los sinsabores del contexto histórico posterior al “milagro”.

El objetivo de este trabajo es, entonces, resaltar la articulación entre la movilidad social y la migración en Brasil en el pasado y en el periodo más reciente. Se inicia con un ensayo bibliográfico referente a la movilidad social y su relación con la movilidad espacial en Brasil a lo largo de los últimos 50 años, desde la constitución de la sociedad urbano-industrial hasta los años noventa, pasando por la “década perdida”. Al final del trabajo se presentan algunas evidencias empíricas recientes sobre los (des)caminos de la movilidad social en el país a la luz de los datos levantados en la *Pesquisa Nacional por Amostra de Domi-*

¹ La movilidad social, como los estudios del área la entienden, se refiere a la movilidad expresada por el cambio de ocupación con diferentes estatus socioeconómicos (Weiss, 1986; Merllié y Prevot, 1997).

² Entre estos trabajos vale citar a Mata *et al.* (1973), Costa (1975), Martine y Peliano (1978), Castro *et al.* (1980), Merrick y Graham (1981), Lerner (1972), Lattes (1982), PREALC/OIT (1983). Una revisión de los principales hallazgos de estos trabajos puede encontrarse en Jannuzzi (1998).

cílio [Investigación Nacional por Muestra de Domicilio], PNAD de 1996.

Movilidad social y migración en el contexto de la construcción de la sociedad urbano industrial brasileña

La formación de la sociedad urbano-industrial brasileña en el siglo XX estuvo acompañada de un intenso proceso de movilidad social ascendente. La construcción de una clase media urbana de tamaño significativo, así como el cambio importante del panorama ocupacional brasileño de un cuadro de base de ocupación rural y manual a un espectro ocupacional más amplio, urbano, y de mayor participación de ocupación no manual y más calificación profesional, se convertirían en manifestaciones inequívocas de la movilidad social que ha vivido la población del país a lo largo del siglo, tal como Pastore (1979) intentó demostrar en un trabajo pionero sobre la movilidad social en Brasil. En sus palabras:

El cuadro general de la movilidad en Brasil revela una sociedad bastante dinámica a lo largo del siglo XX. El país atravesó en ese periodo innumerables transformaciones marcadas por repercusiones en la estructura social. Entre ellas, el paso de una sociedad rural a una urbana se convirtió en uno de los fenómenos de mayor impacto en la transformación de la estructura social brasileña y en el surgimiento de una clase media bastante razonable[...]

A pesar de la fuerte expansión de los empleos de calificación más baja del sector terciario en las zonas urbanas, los empleos para losjefes de familia de la clase media aumentaron substancialmente a lo largo del siglo XX. Tales empleos sencillamente no existían en el tiempo de nuestros padres y abuelos. Brasil, en el periodo de consideración, inició y consolidó su proceso de industrialización y con él surgió un gran número de empleos industriales. Aún más importante fue la enorme expansión de las ocupaciones periféricas a la propia industrialización en el sector de servicios y, más aún, la intensa ampliación de las actividades del comercio ligadas no sólo a la industrialización, sino a la misma aglomeración urbana (Pastore, 1979: 187).

Es posible que la mayor parte de la población económicamente activa en este proceso, defiende el autor, lograra la movilidad social ascendente, ya sea en relación con las generaciones pasadas o en relación con los primeros puestos ocupacionales ejercidos por los individuos cuando entraron al mercado de trabajo. Por el contrario, en 1973, cerca de 47% de losjefes de familia de 20 a 64 años había as-

cendido en la escala social y ocupacional en relación con la de sus padres (movilidad intergeneracional), y un grupo un poco mayor (54%) ascendió en relación con la primera posición ejercida en el mercado de trabajo (movilidad intrageneracional), con lo que el descenso social debió experimentarse en contingentes de trabajadores mucho menores: 11% de los jefes llegarían en el trabajo a posiciones inferiores a las de sus padres, y sólo 4% podía presentar un descenso socio-ocupacional en relación con la primera ocupación ejercida.³ La pirámide social en Brasil debió sufrir, entonces, una modificación importante por la disminución del grupo de familias en la base y el aumento de los grupos situados en las clases medias (cuadro 1).

CUADRO 1

Estratificación social y ocupacional de los padres y los jefes de familia de sexo masculino en edades de 20 a 64 años, Brasil, 1973

| <i>Estatus social de la ocupación ejercida</i> | <i>Situación de los padres en la ocupación hijos</i> | <i>Situación de los hijos en la ocupación</i> | <i>Situación de los hijos en 1973</i> |
|--|--|---|---------------------------------------|
| Alto | 2.0 | 0.6 | 3.4 |
| Medio-superior | 3.1 | 0.7 | 6.5 |
| Medio-medio | 13.8 | 6.9 | 18.7 |
| Medio-inferior | 9.3 | 7.3 | 24.7 |
| Bajo-superior | 6.9 | 25.2 | 16.7 |
| Bajo-inferior | 64.9 | 59.8 | 30.0 |
| Total | 100.0 | 100.0 | 100.0 |

Fuente: Pastore (1979).

Tal proceso pudo extenderse a otros contextos de América Latina, en función de la transición de la estructura ocupacional de base agrícola a un perfil sectorial de mayor diversificación, urbano, con ocupaciones de productividad y remuneración más elevadas. En el análisis de la movilidad social en diez países de la región efectuada por la CEPAL, pudo constatar que:

³ El autor utilizó la escala socio-ocupacional desarrollada por Valle Silva (1978), agregando las ocupaciones reportadas por la PNAD de 1973 —en donde se registró el cuestionario sobre movilidad social— de seis clases: ocupaciones de estatus alto, medio-superior, medio-medio, medio-inferior, bajo-superior y bajo-inferior.

Mirada desde diversos ángulos, la transformación estructural en los países analizados produjo una indiscutible modificación de la distribución entre categorías socio-ocupacionales. El incremento porcentual de las ocupaciones superiores –en términos de estatus e ingresos– brindó oportunidades de movilidad social ascendente a un porcentaje significativo de la población, y seguramente generó –incluso entre los no favorecidos– expectativas de ascenso social en virtud del cambio en la estructura (CEPAL, 1989: 34-35).

En este sentido, Brasil –donde el grupo de trabajadores manuales en la agricultura cayó 24 puntos porcentuales en sólo 20 años, de 1960 a 1980, con el correspondiente aumento en las demás ocupaciones urbanas– puede destacar como uno de los países con movilidad ascendente más elevada en un pasado no muy distante, por encima de la observada, por ejemplo, en Chile y Costa Rica.

La elocuencia de estas cifras no debe obscurecer el hecho que, como el propio Pastore apuntó, la mayor parte de la movilidad ascendente fue resultado de los cambios socio-ocupacionales en los primeros escalones de la pirámide social. En cuanto a la movilidad intergeneracional ascendente, 75% se debió a la movilidad de los hijos de los trabajadores rurales a las demás categorías socio-ocupacionales, en especial en las dos más próximas, de trabajadores urbanos no calificados y trabajadores calificados y semicalificados. El ascenso de los hijos de trabajadores rurales a estas dos categorías dio cuenta de 25% de la movilidad ascendente observada, es decir, más de la mitad de la cifra (47%) aquí señalada (Valle Silva, 1979).

La movilidad social en el país estuvo marcada por la “herencia del estatus de clase”, además de estar restringida a la base de la pirámide social. El hecho de que los estratos socio-ocupacionales más bajos presentaron un volumen de movilidad ascendente más elevado que el de los estratos medios y altos –en parte por estar en una situación que podía ser más favorable al ascenso y al descenso– la movilidad en todos los casos –hacia arriba o hacia abajo– se dio predominantemente en las categorías contiguas (Valle Silva, 1981). Es decir, los cambios socio-ocupacionales ascendentes, si bien intensos, fueron de corta distancia.

Tales hechos llevaron a algunos autores a cuestionar el significado de la movilidad social observada. Al final, tal volumen de movilidad no significó ninguna mejoría efectiva en las condiciones de vida de un número considerable de trabajadores venidos del campo, para quienes el proceso de inserción en el modo de vida urbano tampoco significó una inserción ocupacional adecuada que les garantizara un

ingreso suficiente para hacer frente a la creciente comercialización del consumo (Baltar, Dedecca y Henrique, 1997).

A pesar de que el desarrollo económico ha generado nuevas y amplias oportunidades ocupacionales, en especial en las actividades urbanas, que hicieron posible una movilidad social ascendente importante, existen dos cuestiones básicas que condicionaron tal reproducción. La primera se refiere al volumen y velocidad del éxodo rural y sus consecuencias sobre la estructuración del mercado de trabajo urbano debido a su importancia[...]

La segunda cuestión se refiere básicamente al tipo de generación de empleo e ingreso urbano[...]

De hecho se amplió el margen del salario y se formalizaron las relaciones contractuales, pero se reprodujeron formas de integración precaria en el mercado de trabajo que coexistieron con un núcleo de salarios más estables y con garantía de derechos laborales –asociados, por regla general, al empleo público y a las empresas privadas más grandes y un grado de organización más elevado.

Al final del proceso de desarrollo había un grupo considerable de trabajadores por cuenta propia y otro de asalariados en ocupaciones que no presentaban ni siquiera un mínimo de continuidad y regularidad (Baltar, Dedecca y Henrique, 1997: 89).

Esta movilidad social tan intensa tampoco contribuyó a reducir las desigualdades sociales. En realidad, la forma en que se procesó ayudó a reforzar aún más el patrón de desigualdad en la distribución de los privilegios del desarrollo económico de la posguerra. En este sentido, Peliano (1992) observó:

Las evidencias del gran dinamismo de la pirámide social brasileña, según Pastore, en especial en su base, poco interfieren en la estructura de las desigualdades. La movilidad ascendente observada se caracteriza por un movimiento marcadamente segmentado: muchos saben poco y pocos saben mucho. Los pequeños avances en el ascenso de las mayorías son superados por mucho por las ganancias de la minoría situada en los estratos ocupacionales medios. Tal es el patrón del mecanismo estructural que determina el perfil de la desigualdad social en Brasil (Peliano, 1992: 138).

En realidad, cuando Pastore señala la intensa movilidad social en el siglo XX, no dejó de lado su naturaleza restringida ya sea para lograr una mejoría generalizada en las condiciones de vida, o en la reducción de las desigualdades sociales. También señaló que en la construcción de la sociedad urbano-industrial brasileña, muchos ascendieron poco y pocos ascendieron mucho dentro de la pirámide social. La contradicción entre la movilidad social y el agravamiento en la distri-

bución del ingreso en el país a lo largo de las últimas décadas, paradoja que inclusive dio título a su libro (*Desigualdad y movilidad social en Brasil*), era sólo aparente y compatible con el patrón de movilidad observado.⁴

Detrás de esta intensa movilidad social por la que atravesó el país en los últimos 50 años, la urbanización y la ampliación de la oferta educativa fueron los factores que promovieron tal estructura, en especial a partir de los años cuarenta (Pastore, 1979, 1986; Valle Silva, 1979). Por un lado, la expansión de la industria y sus efectos multiplicadores sobre la economía iban a actuar, a lo largo de dos décadas, generando la oferta de puestos de trabajos dentro de la misma industria, en el comercio, transportes, servicios, administración y, en fin, en otras ocupaciones urbanas no manuales y de mayor calificación. Por otro lado, con la migración rural-urbana y la ampliación de las oportunidades educativas, fue posible atender la demanda de mano de obra que los efectos sinérgicos de las inversiones industriales y crecimiento de los centros urbanos indujo como proceso funcional de integración de los grupos campesinos sin calificación para acceder a ocupaciones urbanas de la parte más baja del sector terciario, y de los estratos medios con más escolaridad en los puestos de trabajo de mayor especialización técnica.

Si bien la tesis de que la industrialización es el motor de la movilidad social no fue aceptada tácitamente en la literatura del área (Valle Silva y Roditi, 1986), sus argumentos pueden ofrecer una explicación mucho más consistente para el caso brasileño.⁵ Al final...

⁴ En este patrón de movilidad social, restringido a la base de la pirámide y de distancias cortas, Brasil no estaría solo. En lo que valen los cambios intensos de la estructura ocupacional en América Latina desde los años cincuenta, en los diversos países de la región aún persistían sectores tradicionales de ocupación de baja productividad, tanto en el campo como en las ciudades (PREALC/OIT, 1991). En el centro de las transformaciones económicas de la posguerra, las economías latinoamericanas no habían logrado absorber a los ocupados de los sectores tradicionales en ocupaciones modernas, al menos no en el ritmo verificado en los países en desarrollo. El mercado de trabajo —y la pirámide social— contraponía a los dos estratos estancados: el tradicional y el moderno.

⁵ Boudon (1973) observa que los análisis comparativos efectuados en movilidad social entre países, no conseguirían comprobar la relación entre el nivel de industrialización y el grado de movilidad, de ahí la razón de que el factor determinante de la movilidad social no se observara como carácter consensual de la tesis de industrialización. Por el contrario, las evidencias empíricas en el caso latinoamericano apuntan a la validez de la afirmación, como se discutió en la CEPAL (1989).

En primer lugar, la industrialización implica la redistribución sectorial de la fuerza de trabajo –un aumento en la productividad del sector agrícola y un descenso en la proporción de individuos dedicados a la producción en ese mismo sector. Por lo general se lleva a cabo un cambio profundo, aun en el sector no agrícola: el aumento de la mecanización y la introducción de técnicas ahorradoras de mano de obra dan como resultado un crecimiento más acelerado del empleo en la producción de servicios tal como sucede en la producción de bienes, lo que significa un aumento del coeficiente entre trabajadores no manuales y trabajadores manuales. De manera similar, y a raíz del crecimiento de la escala de desarrollo de la actividad económica, es necesario ampliar y mejorar el sistema de transporte y la comercialización, lo que naturalmente genera un aumento proporcional de las ocupaciones de oficina y administración y refuerza la tendencia de aumentar la proporción de individuos contratados en actividades no manuales y con cierto nivel de calificación (Valle Silva y Roditi, 1986: 346-347).

Aun cuando el cambio de la estructura ocupacional brasileña en el siglo XX no pueda ser explicado sólo por los efectos directos e inducidos de la introducción de la industria –debido al modelo difundido de la urbanización y terciarización del perfil ocupacional a lo largo del territorio brasileño (Patarra, 1978)–es fundamental reconocer la importancia de los efectos de la expansión industrial –en especial en la posguerra– sobre la demanda de servicios urbanos en el país y el despliegue que ejerce sobre el cambio de la estructura ocupacional: de empleos agrícolas a empleos del sector secundario y terciario y de ocupaciones manuales a no manuales, en especial en las regiones donde la expansión industrial se dio de manera más intensa, como en Sao Paulo y en el sur del país.

Diversos autores dedicados al análisis del cambio en la estructura ocupacional brasileña en el siglo XX, han demostrado los efectos sinérgicos de la industrialización de la posguerra para generar empleos y diversificar la ocupación (Faria, 1986; Paiva, 1986; Almeida, 1974). En el centro de la intensa urbanización e industrialización de la posguerra, las ocupaciones en la industria agropecuaria y extractiva perdieron su primacía en la estructura ocupacional brasileña, representando 44% de los empleos en 1970 contra 66% en 1940 (cuadro 2). Por el contrario, las ocupaciones industriales triplicaron su monto en este periodo, pasando de 1 millón a 3.2 millones de puestos de trabajo entre 1940 y 1970 (tomando en cuenta que la participación sectorial de la industria ascendiera de 7.8 a 12% en esos treinta años). Un desempeño también significativo en la expansión del empleo durante este periodo fue el de los sectores de construcción civil, comercio, y los dirigidos a la prestación de servicios, servicios sociales y administración pública (Almeida, 1974), tendencias que seguirían prevaleciendo a lo largo de la década de los años setenta (Faria, 1986).

CUADRO 2
Evolución de la distribución sectorial de la población ocupada,
Brasil, 1940-1970

| <i>Distribución por sector de actividad (%)</i> | 1940 | 1950 | 1960 | 1970 |
|---|-------|-------|-------|-------|
| Agropecuaria y extractiva | 65.9 | 59.9 | 53.7 | 44.3 |
| Industria de transformación | 7.8 | 10.6 | 9.8 | 12.1 |
| Construcción civil | 2.6 | 3.9 | 4.0 | 5.8 |
| Comercio de mercancías | 5.1 | 5.6 | 6.7 | 7.6 |
| Prestación de servicios | 14.6 | 14.8 | 19.3 | 21.3 |
| Servicios sociales/administración pública | 4.0 | 5.2 | 6.5 | 8.9 |
| Total | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 |

Fuente: Almeida (1974).

Brasil se constituiría así en un caso típico en el que los cambios estructurales desencadenados por la industrialización habían generado expectativas promisorias para lograr la movilidad social, por las oportunidades para incorporar mano de obra en nuevas ocupaciones, más diferenciadas, de mayor estatus dentro de la misma industria, en el comercio, los servicios sociales, la administración pública y, en fin, en amplios sectores de la economía.

El aumento masivo y progresivo de la oferta de servicios educativos públicos –de la enseñanza básica a la superior– también pudo ser un mecanismo importante que garantizara el ascenso social de grupos significativos de jóvenes que llegaron a insertarse en el mercado de trabajo en Brasil durante los años de la posguerra, así como en los demás países de América Latina, tesis ampliamente difundida en los estudios de movilidad (Boudon, 1973; Weiss, 1986). La expansión de las clases medias en Brasil y América Latina, sobre todo las más cercanas a la cima de la pirámide social, fue resultado no sólo de la diversificación de la estructura ocupacional, sino también de la formación acelerada de cuadros técnicos y de nivel superior en el país en los años sesenta y setenta.

Más allá de su función de socialización de nuevas generaciones y de transmisión de conocimientos, la expansión de la educación ha sido, principalmente entre los años cincuenta y fines de los setenta, un factor de movilidad social y laboral que permitió la inserción de amplios sectores de la población en ocupaciones propias de los estratos medios (CEPAL, 1996: 73).

Sin embargo, como se ha observado recientemente, además de los efectos sinérgicos de la industrialización y de la ampliación de oportunidades educativas, la movilidad social identificada sería también con-

secuencia de la intensa migración rural-urbana vivida en el país en los últimos cincuenta años, hipótesis de gran interés en este trabajo. A lo largo del periodo de intensa movilidad, Brasil acabó por transformarse en un país mayoritariamente urbano después de ser un país predominantemente rural. La población urbana creció a tasas medias anuales muy por encima del total de la población en el periodo de 1940 a 1970, y a la vez aumentó la tasa de urbanización de 31 a 56% de la población. Del campo salieron contingentes cada vez más elevados de personas y familias con rumbo a las ciudades, de forma un tanto diseminada por el país, para así consolidar flujos migratorios importantes como los del Nordeste para el Sur, que fueron los responsables de la fuerte expansión urbana de Sao Paulo y Río de Janeiro durante el periodo (Patarra, 1978). Según las estimaciones, el éxodo social de las décadas de 1950 a la de 1980 fue creciente: de 11 millones a 14 millones de personas, según Camarano y Abramovay (1998).

La contribución de la migración rural-urbana a las cifras de la movilidad ascendente puede constatarse, según Pastore, en el hecho de que la ascensión social de migrantes (interestatal) pudo ser superior a la de los naturales residentes en la sociedad de destino, desde una perspectiva inter o intrageneracional. En la medida en que 57%

CUADRO 3
Evolución de la población y de indicadores demográficos, Brasil, 1940-1970

| <i>Indicadores demográficos</i> | <i>1940</i> | <i>1950</i> | <i>1960</i> | <i>1970</i> |
|--|-------------|-------------|-------------|-------------|
| Población total (miles) | 41 236 | 51 945 | 70 993 | 93 139 |
| Población urbana (miles) | 12 880 | 18 783 | 32 005 | 52 085 |
| Tasa urbanización | 31.2 | 36.2 | 45.1 | 55.9 |
| Éxodo rural (miles) | n.d. | 10 824 | 11 464 | 14 413 |
| Tasas de crecimiento anual en la década | | | | |
| Población total | 2.3 | 3.0 | 2.9 | 2.5 |
| Población urbana | 3.9 | 5.2 | 5.2 | 4.4 |
| Tasas de migración líquida interestatal* | | | | |
| Total | 10.1 | 12.4 | 14.3 | 15.4 |
| Emigración del Nordeste | 10.2 | 14.9 | 16.3 | 19.5 |
| Inmigración al Sudeste | 11.9 | 13.7 | 16.6 | 18.5 |

* Tasa de emigración correspondiente a la proporción de personas no residentes en el estado de nacimiento.

Tasa de inmigración correspondiente a la proporción de personas residentes en estados que no son de nacimiento.

La tasa de migración total corresponde a la media de las tasas aquí mostrada para Brasil.

n.d.: No disponible.

Fuente: Censos demográficos, diversos años; Camarano y Abramovay (1998).

de los migrantes ascendieron en la escala social y ocupacional en relación con sus padres y 62% en relación con su primer empleo, tales coeficientes de movilidad entre los naturales llegaron a asumir valores inferiores, de 43 y 50% respectivamente. Sao Paulo, *locus* privilegiado en generación de empleos y diversificación de la estructura ocupacional y destino de los voluminosos flujos de nordestinos procedentes de las zonas rurales, debería reflejar cifras de movilidad todavía más elevadas. De hecho, los residentes del estado no fueron los únicos que presentaban cifras de movilidad social ascendente más elevadas, sino también los migrantes del nordeste que se dirigieron a esa ciudad (cuadro 4). De los migrantes del nordeste establecidos en Sao Paulo, 80% había ascendido en la escala socio-ocupacional en relación con la de su estado natal, mientras que de aquellos que no se trasladaron a esa ciudad, sólo 32% presentaba una movilidad ascendente (Canelas, 1980).

La migración, además de proporcionar una movilidad social ascendente a nivel individual, iba a contribuir en la reducción de las de-

CUADRO 4
Movilidad inter e intrageneracional de los jefes de familia de sexo masculino de 20 a 64 años, Brasil, 1973

| <i>Segmento boblacional</i> | <i>Movilidad intergeneracional</i> | | | |
|--|------------------------------------|----------------|-------------------|--------------|
| | <i>Descendente</i> | <i>Inmóvil</i> | <i>Ascendente</i> | <i>Total</i> |
| Total | 3.9 | 41.9 | 54.2 | 100 |
| No migrantes * | 4.0 | 46.3 | 49.7 | 100 |
| Migrantes | 3.8 | 34.6 | 61.6 | 100 |
| Nordestinos residentes en el Nordeste | 8.2 | 5.4 | 32.4 | 100 |
| Migrantes nordestinos en Sao Paulo | 9.5 | 11.2 | 80.3 | 100 |
| Total residentes en el estado de Sao Paulo | 3.3 | 30.9 | 65.8 | 100 |
| | <i>Movilidad intrageneracional</i> | | | |
| | <i>Descendente</i> | <i>Inmóvil</i> | <i>Ascendente</i> | <i>Total</i> |
| Total | 11.3 | 41.6 | 47.1 | 100 |
| No migrantes* | 11.2 | 47.2 | 41.6 | 100 |
| Migrantes | 11.6 | 31.9 | 56.5 | 100 |
| Nordestinos residentes en el Nordeste | 2.5 | 59.6 | 37.9 | 100 |
| Migrantes nordestinos en Sao Paulo | 2.0 | 19.5 | 78.5 | 100 |
| Total residentes en el estado de Sao Paulo | 11.6 | 30.8 | 57.6 | 100 |

* Estado migratorio definido como condición de naturalidad en el estado de residencia actual.

Fuente: Pastore (1979) y Canelas (1980).

sigualdades históricas regionales y sociales de Brasil a nivel macroestructural. En sus palabras:

El cuadro general de la movilidad social entre naturales y migrantes es similar al de diversas sociedades contemporáneas. La movilidad geográfica (horizontal) induce a la movilidad social (vertical). Varios estudios indican que las oportunidades económicas inducen la movilidad geográfica. Los individuos que viven en un lugar diferente al que nacieron tienden a alcanzar un estado ocupacional más elevado que el de los individuos que permanecen en el mismo lugar[...] Los resultados aquí encontrados se añaden a la información de los diferentes estudios que muestran que la migración es un elemento de promoción de los migrantes y los naturales, y que opera como ecualizador de la estructura social[...] En suma, existen varios indicios de que la migración ha actuado como mecanismo de compensación de la enorme disparidad que subsiste en Brasil a nivel regional. Detener la migración significa aumentar los efectos de la disparidad (Pastore, 1979: 184-185).

De hecho, se corrobora la relación eficaz entre migración y movilidad social, tal como las evidencias empíricas de Pastore lo muestran según los postulados teóricos clásicos, todos ellos establecidos en los estudios de migraciones internas. La migración según las Leyes de Migración de Ravestein, o los postulados de la Teoría de la Migración de Lee, se observó como resultado de un cálculo microeconómico de las perspectivas que ofrece una sociedad de destino frente a las condiciones que prevalecen en la sociedad de origen (Pacheco y Patarra, 1997; Salim, 1992; Patarra y Cunha, 1987). Dentro de este balance microeconómico, el trabajo, las mejores oportunidades de empleo y los intereses más elevados se convertirían en factores de atracción; la pobreza, la falta de oportunidades de trabajo y medios de producción (tierra, por ejemplo), constituyeron factores de expulsión. El migrante, al abandonar una región por otra, está dando un paso concreto –e individual– a la movilidad ascendente, ya que dejará atrás una mala situación para, en cambio, ir a la búsqueda de una perspectiva más positiva. La movilidad espacial y social representan la cara y la contracara de un mismo proceso, “cara y cruz de una misma moneda”. De ahí que Pastore identifique la movilidad social con la movilidad geográfica.

No obstante, las consideraciones de naturaleza metodológica y substantiva conducen a pensar que la interpretación de los efectos de la migración sobre la movilidad ascendente en el contexto de la “modernización” de la sociedad brasileña sea relativa. En primer lugar, y en relación con el papel de la migración rural-urbana en la divulgada

movilidad social, es importante observar con atención que bajo una perspectiva metodológica,

[...] el hecho que los grupos ocupacionales 1 y 2 [trabajadores rurales no calificados y trabajadores urbanos no calificados] apenas se distingan por la dimensión urbano-rural, hace que *por construcción* [cursivas del autor] identifiquemos el proceso de migración rural-urbano como una movilidad social ascendente. En otras palabras, la urbanización reciente de la sociedad brasileña está *asociada necesariamente* [cursivas del autor] a una mejoría en la distribución de posiciones dentro de la estructura ocupacional brasileña (Valle Silva, 1979: 50).

En virtud de la magnitud alcanzada por la migración rural-urbana en el periodo de estudio, los resultados de la movilidad social ascendente hubieran sido impactantes de haber empleado otra escala socio-ocupacional, con trabajadores manuales no calificados en el campo y en la ciudad en una misma categoría. Como ya se observó, los contingentes de los flujos rural-urbanos siempre fueron voluminosos y crecientes hasta 1980, del orden de doce millones de personas, predominantemente jóvenes y, por lo mismo, potencialmente aptos para encuadrarse en el mercado de trabajo urbano (y así contribuir a elevar las cifras de movilidad ascendente) (Wood y Carvalho, 1994; Beltrão y Henriques, 1987; Camarano y Abramovay, 1998).

En *stricto sensu*, la transición de una ocupación rural a otra en la parte menos calificada del sector terciario urbano debe ser considerada como un movimiento de intercambio de mano de obra entre sectores imputable a la industrialización y a sus efectos multiplicadores, y no precisamente a la migración rural-urbana. La migración puede ser, en todo caso, un mecanismo “que interviene” en un proceso cuyo origen causal radica en las necesidades sistémicas del proceso de expansión industrial.

Que la migración rural-urbana se adecuara funcionalmente a tales necesidades y que terminó por inducir nuevos efectos sobre la movilidad fue un movimiento natural, resultado de la demanda adicional de servicios y equipamientos urbanos de los migrantes que se incorporaron al mercado de trabajo en las ciudades. Sin embargo, son tal vez los efectos indirectos de esta demanda adicional de servicios en la generación de empleos –para atender las necesidades crecientes de comercialización, transporte, educación, servicios públicos– los que pueden adjudicarse –en un sentido propiamente causal– a la migración rural-urbana sobre las cifras de movilidad. Además, no debe dejarse de lado que la llegada de los migrantes y sus familias a

las ciudades en los años sesenta y setenta también los hizo más susceptibles a los efectos del aumento de la enseñanza básica y la alfabetización, lo que sin duda contribuyó a aumentar las posibilidades de su movilidad social y la de sus hijos.

Tampoco debe olvidarse que las cifras de movilidad reflejan frecuencias de cambios de posiciones relativas entre la ocupación del padre (o del primer empleo) y la ocupación actual. Por ello, dado el peso del grupo de migrantes que salió de la zona rural para dirigirse a las ciudades en el conjunto de migrantes interestatales —objeto de análisis de Pastore— era de esperarse que los coeficientes de movilidad ascendente fueran más elevados a los naturales (del estado), si entre éstos últimos la velocidad de cambio de las ocupaciones rurales a urbanas fue de hecho más lenta, o si partieron de posiciones más elevadas en la escala socio-ocupacional.⁶

Sin embargo, parafraseando a Peliano (1992), si se convierte en un residente urbano, alternando su condición de *bóia-fria*⁷ con la de *biscateiro*⁸ de ciudad, y siguiendo los dictámenes del ciclo agrícola, ¿podría éste ser interpretado como movimiento ascendente? Salir de la condición de trabajador rural a la de migrante itinerante, ¿sería otro caso de movilidad vertical?

Cuando Bianchi (1983) estudia en una muestra de familias residentes en el Valle de la Ribera en Sao Paulo, allá en los años setenta, la vinculación entre la movilidad (geográfica y ocupacional) y la estrategia de sobrevivencia, ofrece un argumento sólido para que no se considere el simple paso de una ocupación rural a otra cualquiera en el medio urbano como movilidad ascendente, sino como cruce de niveles en una escala socio-ocupacional.

Desde el punto de vista del prestigio ocupacional, existe consenso en términos de observar un cambio en el empleo como si fuera una promoción para el individuo y el grupo. La preeminencia de los valores urbanos en la civilización moderna, difundida por los medios masivos de comunicación, refuerza tal perspectiva. Los informantes en la investigación refuerzan tal apreciación, en especial aquellos que han estado más tiempo en la ciudad. La posibilidad de volver a residir en el campo o emplearse en el sector agrícola representa un retroceso para ellos, mismo que es inadmisibles. Pero puede ser probable que esta percepción constituya una racionalización de una situación que de hecho no depende de la voluntad del indi-

⁶ La segunda hipótesis puede ser la más viable dada la magnitud de la migración rural-urbana dentro del propio municipio, según lo muestra Carvalho (1985).

⁷ Trabajador que lleva consigo su comida por lo general fría [N.T.].

⁸ Trabajador tipo mil usos [N.T.].

viduo. Impotente para continuar en el sector agrícola, el individuo valora el trabajo urbano como una alternativa viable de sobrevivencia y, aunque remota, como una esperanza de ascenso social en caso de llegar a tener una tierra en propiedad, encontrar empleos bien remunerados, o un aumento significativo de ingresos. No puede olvidarse que muchos fenómenos del éxodo rural están determinados por los factores de expulsión (Bianchi, 1983: 75).

Tampoco era posible constatar la aludida diferencia entre los niveles de rendimiento de las ocupaciones rurales y urbanas mencionados en la literatura en el área circunvecina al lugar de estudio de la autora. Y aun cuando pudiera constatar un aumento en el ingreso, ella se refiere a que vivir en la ciudad implica un aumento en el costo de vida de la familia. Disminuyen las posibilidades de mantener plantíos y cultivos de subsistencia y se necesita comprar buena parte de la canasta básica de alimentos. Los gastos hasta entonces inexistentes, o muy reducidos, cobran importancia en el presupuesto doméstico, tales como alquiler, impuestos y transporte. El vestuario, el láser y hasta los aparatos electrodomésticos se convierten en bienes básicos e indispensables para sobrevivir en el medio urbano, sangrando aún más el presupuesto doméstico. La oferta de servicios médicos y educativos ni siquiera puede ser considerada como una ventaja comparativa de vida en la ciudad, si se tienen a la vista las dificultades que deben enfrentar los migrantes llegados de las zonas rurales para que puedan disfrutar plenamente la nueva vida. En este sentido, Bianchi considera que no debería imputarse una dirección, ascendente o descendente, a procesos de movilidad ocupacional rural-urbana, sino más bien tratarla como un proceso de movilidad horizontal.

Martine (1980) ofrece un argumento todavía más substantivo para hacer más relativa la generalidad de la relación virtuosa y determinista entre migración y movilidad social ascendente. Se trata de un hecho que, señalado con amplitud en la literatura, el posicionamiento social del migrante –medido éste en términos de ingreso, ocupación, posición en el mercado libre de trabajo– muestra mejorías progresivas en la medida que aumenta el tiempo de residencia del mismo en la localidad de destino (Martine y Peliano, 1978; Castro *et al.*, 1980; Merrick y Graham, 1982). La aparente movilidad de los migrantes sería, sin embargo, el resultado líquido de dos procesos distintos y, de cierta forma, anagónicos: por un lado, la adaptación progresiva de los más aptos para competir en el mercado de trabajo local y, por el otro, la evasión sistemática, es decir, una nueva emigración de quienes cuentan con menos capacitación, en dirección a otras localidades. En sus palabras:

[...] la evidencia de algunas investigaciones directas, aunadas a los resultados de cálculos experimentales y a la interpretación de los datos de escolaridad por tiempo de residencia en una población poco susceptible de ofrecerle mejoras después de su llegada, converge para sugerir que la hipótesis de retención selectiva de los elementos más capacitados (o de la migración repetida en los segmentos poblacionales más marginados) parece más aceptable [que la adaptación progresiva de todos y cada uno de los migrantes al medio social de destino]. Con base en esta información es posible postular, inclusive, que existe un substrato de verdaderos nómadas dentro de la población brasileña, substrato que puede incluir no sólo a los trabajadores temporales y *bóias-frias*, sino también a otros itinerantes que andan buscando una subsistencia que es difícil (Martine, 1980: 971).

Si bien las dos líneas de pensamiento —la de Pastore y la de Martine— no coinciden en lo que respecta al grado de generalidad de la tesis de adaptación progresiva de los migrantes, parecen dirigirse al hecho de que los migrantes serían más móviles que los naturales, ya sea para arriba o para abajo. Los que llegan a adaptarse —los más capacitados— serán los que, al final, subirán de peldaño en la escala; los que salieron, buscarán otras oportunidades en nuevos lugares para preservar el estatus alcanzado o, en su caso, retroceder lo menos posible. De hecho, y según los resultados de Pastore (1979), en la medida en que los naturales, 46%, no cambiaron de estatus socio-ocupacional entre la primera posición y la ejercida en el momento de la investigación, el coeficiente de inmovilidad entre los migrantes interestatales fue de 35 por ciento.

La movilidad social observada en este siglo, en términos de los componentes estructural y circular, pudo ser mayormente de naturaleza estructural.⁹ Es decir, en la construcción de la sociedad urbano-industrial en Brasil, los cambios estructurales dictados por la industrialización y urbanización respondieron por casi la mitad de la movilidad inter o intrageneracional (Pastore, 1979). El otro grupo fue el resultado de combinar los efectos de los cambios entre individuos en fun-

⁹ La movilidad total puede dividirse en dos fragmentos: la movilidad estructural y la movilidad circular. El primero refleja los efectos del cambio en la composición de la estructura de mano de obra y, el otro, los efectos de la competencia individual en el mercado de trabajo. Durante la etapa de desarrollo económico, el primer fragmento —movilidad estructural— es más importante para determinar los niveles de movilidad social, y en la medida en que se efectúe la transición manual/no manual y rural/urbana en el espectro ocupacional, la movilidad circular desempeñará un papel más central. El resultado final de la movilidad social será el efecto combinado de la movilidad estructural y la movilidad circular.

ción de la escolaridad, edad, estatus migratorio, etc. En las cifras generales, la movilidad resultó ser ascendente casi en su totalidad, en especial en Sao Paulo, *front* privilegiado de la industrialización y migración en el país en el siglo XX. Los coeficientes de movilidad inter e intrageneracional ascendentes superaron los 10 puntos porcentuales más elevados de la media nacional (58 y 66%, respectivamente), mientras que las cifras de movilidad descendente se mantuvieron en los mismos niveles nacionales.

Gracias al enorme desarrollo industrial efectuado, en especial a partir de los años cincuenta, el balance de la movilidad social resultó favorable –si bien restringido–, pero no es difícil imaginar lo que hubiera sucedido en la coyuntura tan mediocre de la producción industrial de los años ochenta.

Estancamiento económico y movilidad social en la década perdida

El escenario nacional de la década de los ochenta es muy distinto al que se refieren los análisis de Pastore (1979) –el periodo de la “modernización”, de la transformación del país de una sociedad agraria a una sociedad urbano-industrial. Las determinantes básicas de la movilidad social ascendente tan intensa señalada por el autor durante el siglo XX –la industrialización y la migración rural-urbana– iban a perder la “fuerza transformadora” de las décadas pasadas. Disminuyó el ritmo de los cambios estructurales en el espectro ocupacional que hiciera posible que se incorporaran grandes volúmenes de personas que llegaban del campo a puestos de empleo (y subempleo) en la industria y en el sector terciario.

El propio Pastore identifica el cambio de la movilidad social en Brasil en un trabajo posterior (Pastore, 1986). Su objetivo en ese trabajo fue el de sacar conjeturas sobre las tendencias y perspectivas de la movilidad social en el país después de 1973, valiéndose de la evolución de indicadores de la coyuntura macroeconómica y del mercado de trabajo en los años setenta y el inicio de la década siguiente.

El autor delineó pronósticos positivos en relación con la movilidad social para el periodo de 1973 a 1980, con base en las estadísticas del desempeño económico y de generación de empleos en la industria y en el sector terciario que abrían puestos nuevos de trabajo, más diferenciados, de estatus más elevado y en un ritmo más acelerado que el crecimiento de la población económicamente activa (PEA) urbana. De hecho, los efectos inducidos por el PND II (Plan Nacional de Desarrollo)

lio) garantizaron un impulso adicional al ciclo de expansión del “milagro económico”, mismo que se llevó a cabo de 1967 a 1973, postergando así el rechazo interno de la crisis internacional que explotó al inicio de la década de los años setenta. Así, la modernización de la estructura ocupacional continuaría durante esos años, según muestra el análisis emprendido por Quadros (1985) a partir de los censos de población de 1970 y 1980. La fuerza de trabajo urbana mantuvo su crecimiento acelerado en el periodo (6.4% anual contra -0.3% anual de la mano de obra rural), en especial en las ocupaciones industriales (7.8% anual). Los empleos típicos de la clase media (funciones de gestión, distribución, actividades sociales, profesiones universitarias, etc.) representaron, en 1980, 36% de los puestos de empleo, seis puntos porcentuales más elevados que la cifra levantada en 1970.

Sin embargo, la crisis de 1981-1983 cambió totalmente el cuadro de la movilidad estructural, hasta ese momento favorable y, por ende, también lo hizo con las perspectivas de la movilidad social ascendente en el país. La caída en las tasas de crecimiento del producto interno bruto —de 7% anual de 1975 a 1980 a 1% en el siguiente periodo de cincuenta años—, así como la disminución consecuente en el ritmo de generación de empleos de trabajo en el sector formal, el aumento de la rotación de la mano de obra, y la contracción de las vacantes en la industria de transformación y construcción civil en las zonas metropolitanas, acabaron por limitar las oportunidades de ingreso en el mercado de trabajo y las posibilidades de progreso funcional. En realidad, la coyuntura de la recesión significaba dirigirse a un patrón de estancamiento o descenso de los ocupados en la pirámide social. Según su evaluación, las posibilidades de movilidad estructural sólo se iban a encontrar en los diversos puntos de expansión económica en el interior del territorio, en dirección Centro-Oeste, Centro-Norte, en el interior paulista y en el de Minas Gerais. Según Pastore, las oportunidades de movilidad ascendente en estas localidades podrían ser semejantes a las experimentadas en el país en décadas anteriores.

Pacheco (1996) y Guimarães Neto (1995) muestran que el país vivió, después de un largo proceso de concentración espacial de la actividad industrial y económica en Sao Paulo, más bien en su región metropolitana, un proceso que de hecho significó la desconcentración espacial de la actividad productiva a partir de la segunda mitad de los años setenta, misma que se mantuvo por lo menos hasta el inicio de los años noventa (cuadro 5). Las áreas metropolitanas de Sao Paulo y Río de Janeiro fueron perdiendo participación en el valor de transformación industrial y empezaron a ceder espacio, en particular, a la par-

ticipación creciente del interior paulista, Minas Gerais, Paraná y Bahía, por las políticas de desarrollo regional avaladas en el PND II, los incentivos fiscales, el apoyo técnico a estudios de proyectos viables, la ampliación de la infraestructura de transporte (carreteras, ferrocarriles y vías marítimas) y comunicaciones, las inversiones gubernamentales directas, las estrategias para abrir grandes grupos empresariales y el aumento de las deseconomías de acumulación en los grandes centros (costo del terreno, impuestos, salarios, controles ambientales, dirigencia sindical). La Región Metropolitana de Sao Paulo también fue perdiendo su participación en el PIB nacional por los estímulos otorgados a la producción de cultivos de exportación (naranja, soya) y caña de azúcar (para economizar divisas en la importación de petróleo), con articulación de las demás regiones en la cadena productiva agroindustrial. Con ello, la industria textil de Ceará adquirió el liderazgo, como la industria química y petroquímica de Camacari en Bahía, la industria electrónica en la zona franca de Manaus, la producción minera y siderúrgica en Pará y Maranhão, la producción agrícola, pecuaria y agroindustrial en los estados Centro-Oeste. El interior de Campinas logró privilegios por los términos de la inversión industrial en el estado de Sao Paulo, en especial en la industria de punta (telecomunicaciones, informática, química fina), como consecuencia del fuerte apoyo gubernamental –federal y estatal– y, entre otras ventajas locales, por haber implantado un aparato diversificado de desarrollo científico y tecnológico en la región (centros de investigación, universidades) (Caiado, 1996).

CUADRO 5
Tasas promedio de crecimiento anual del producto interno bruto,
según regiones, Brasil, 1970-1990 (porcentajes)

| <i>Región</i> | <i>1970-1975</i> | <i>1975-1980</i> | <i>1980-1985</i> | <i>1985-1990</i> | <i>1990-1994</i> |
|----------------------------------|------------------|------------------|------------------|------------------|------------------|
| Norte | 9.4 | 16.9 | 6.0 | 4.8 | 0.5 |
| Nordeste | 8.9 | 8.8 | 3.7 | 3.3 | 1.5 |
| Centro-Oeste | 12.5 | 12.1 | 2.6 | 4.9 | 2.4 |
| Sudeste | 9.8 | 6.4 | 0.2 | 1.1 | 2.9 |
| Sao Paulo | 10.4 | 5.9 | -0.2 | 1.0 | 2.3 |
| Minas Gerais y Espírito Santo | 10.5 | 10.0 | 2.0 | 3.1 | 2.9 |
| Río de Janeiro | 7.8 | 5.3 | -0.2 | -0.5 | 1.8 |
| Sur | 11.4 | 6.3 | 0.9 | 1.6 | 1.4 |
| Total | 10.1 | 7.2 | 1.1 | 1.9 | 2.3 |

Fuente: Pacheco (1996).

Con tasas más elevadas de crecimiento económico, es natural que esas regiones despuntaran como polos dinámicos que generaban empleos y oportunidades concretas y fomentaran la movilidad estructural. Los datos del último censo demográfico permiten comprobar tal afirmación: en lo referente al municipio de Sao Paulo –epicentro de la inestabilidad sistémica de los años ochenta– la población ocupada se expandió en 12% entre 1989 y 1991, la cifra en el estado fue de 28.5% y, en el país aumentó 30.2% en el mismo periodo. Las posibilidades para la movilidad social ascendente también se estaban dando, en consecuencia, en otros contextos espaciales del país. La Región Metropolitana de Belo Horizonte era uno de los espacios más favorables, según lo muestra el estudio de movilidad social en la región elaborado por Andrade y Rodrigues (1996).

Superada la crisis de 1981-1983 y frente a las primeras señales de recuperación económica posteriores a 1984, Pastore decidió arriesgarse para delinear un escenario que favoreciera la movilidad social en el país para el resto de la década:

El periodo reciente, que alcanzó la recesión surgida a partir de 1981, parece haber revertido el proceso en las regiones metropolitanas. Tal periodo, sin embargo, además del presente, fue corto, dada la recuperación iniciada a partir del segundo semestre de 1984 –y que podrá redundar en una nueva aceleración de la movilidad social a modo de retomar el proceso y, quién sabe, hasta compensar el estancamiento sospechado (Pastore, 1986: 53).

Como se sabe, la coyuntura de los años ochenta fue muy caprichosa porque intercaló ciclos de expansión y retraso económico (Teixeira, 1992; Cano y Pacheco, 1992), proceso que, en el balance general de la década, parece no haber generado las condiciones concretas para una inmovilidad social generalizada. La industria brasileña creció finalmente entre 1980 y 1989 a una tasa anual de 1.3%, hecho que combinado con el empleo de técnicas de producción cada vez menos intensivas en mano de obra, logró hacer que la participación del sector en el conjunto de los ocupados no aumentara en todo el periodo (Cacciamali, 1992). El bajo desempeño que también sufrió la construcción civil en la década de los ochenta, que perdió su agente de dinamismo principal (BNH) por la crisis del sistema de financiamiento a la vivienda, representó límites severos a las posibilidades de movilidad estructural. Las condiciones generales del mercado de trabajo urbano eran día con día más preocupantes y menos favorable pero, al final de la década, lograron una expansión moderada del empleo for-

mal, el aumento del grupo de los trabajadores por cuenta propia y de los asalariados sin contrato de trabajo formal, además de que se redujeron significativamente los niveles salariales. El desempleo se elevó y siguió aumentando durante el periodo por la capacidad de absorción de la población activa en el sector terciario (Mattoso y Baltar, 1996; Baltar, Dedecca y Henrique, 1997).

Es muy cierto que el desempeño de la administración pública y de servicios sociales en la generación de puestos de trabajo durante la década (Médici, 1991; Sabóia, 1995) pudo representar un aliento para la movilidad social ascendente. Finalmente, son los sectores con ocupaciones más estructuradas, diversificadas y, en promedio, de mayor calificación profesional. Sin embargo, la modesta magnitud de su participación en la estructura ocupacional en el país no permitiría reflejar los resultados finales positivos sobre la movilidad social de la población ocupada. La poca duración de los logros de prosperidad, así como la inestabilidad cíclica parecen haber contribuido también, en la mejor de las hipótesis, a mantener sin cambios las posiciones relativas de los ocupados.

Además, para el periodo anterior a 1973, la disminución de los flujos de migración rural-urbana entre los municipios tampoco ayudó a las estadísticas de la movilidad ascendente, en el sentido divulgado por Pastore (1979). Según la citada dinámica sectorial del sector agropecuario en algunas regiones del país y la reducción del acervo

CUADRO 6
Evolución de indicadores seleccionados del mercado de trabajo,
Brasil, 1979-1990

| <i>Indicadores</i> | <i>1979</i> | <i>1981</i> | <i>1983</i> | <i>1986</i> | <i>1990</i> |
|---|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|
| Tasa de desocupación | 2.7 | 4.3 | 4.9 | 2.4 | 3.7 |
| Ocupados no contribuyentes de la seguridad social | 50.9 | 50.1 | 52.3 | 50.1 | 49.9 |
| Ocupados por cuenta propia act. no agrícolas | 17.9 | 19.5 | 19.8 | 19.7 | 20.3 |
| Distrib. ocupados por sector actividad (%) | | | | | |
| Agropecuarias y extracción | 32.5 | 29.3 | 27.1 | 25.9 | 22.8 |
| Industria de transformación | 17.0 | 16.6 | 15.8 | 17.7 | 16.6 |
| Construcción civil | 6.9 | 8.1 | 9.5 | 6.5 | 6.1 |
| Comercio de mercancías | 9.7 | 10.3 | 10.6 | 11.3 | 12.9 |
| Servicios | 23.8 | 24.5 | 25.5 | 25.7 | 27.9 |
| Servicios sociales/admón. pública | 10.1 | 11.2 | 11.5 | 12.9 | 13.7 |
| Total | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 |

Fuente: Sabóia (1995) con base en las PNAD.

de la población rural en 1980, después de las décadas del intenso éxodo rural, disminuiría el volumen de migrantes rural-urbanos a lo largo de los años ochenta en relación con el decenio anterior: los migrantes rural-urbanos entre 1980 y 1991, incluidos aquellos que provenían del mismo municipio, llegaron a 4.5 millones de personas, contra 6.3 millones en el decenio anterior.¹⁰ Los flujos entre municipios del tipo urbano-urbano, que en la década de los años setenta ya congregaban a 50% de los migrantes, llegaron a representar 60% de los cambios en el país durante el periodo siguiente. En este sentido, la contribución de la migración rural-urbana a las cifras de movilidad, expresada concretamente en el cambio de residencia de trabajadores rurales a zonas urbanas, fue perdiendo importancia.

Si la migración rural-urbana, así como la migración en general, tiene un efecto positivo para la movilidad social, como la teoría clásica hace creer de manera implícita, la estabilización numérica de los flujos entre municipios también refrescó la contribución "inercial" de la migración sobre la movilidad. Las personas no naturales del municipio de residencia en 1991 totalizaron 24 millones de individuos, misma cifra examinada en 1980. Es cierto que, frente a la coyuntura desfavorable de los mercados de trabajo metropolitanos, la disminución de la intensidad migratoria a las metrópolis del Centro-Sur pudo contribuir para minimizar el riesgo de la inmovilidad o movilidad descendente. Por otro lado, debió generarse algún efecto positivo para la movilidad por haberse corregido la dirección de los flujos migratorios a centros urbanos medios o más dinámicos del interior del territorio nacional y aun para algunas capitales y periferias del Nordeste (Baeninger, 1998). En cuanto a las regiones metropolitanas de Fortaleza y Salvador, así como las ciudades medias (de 100 mil a 300 mil habitantes), presentaron tasas promedio de crecimiento superiores a 3% anual—más de 4.5% anual en el caso de los centros medios del Centro-Oeste y Norte—y la Región Metropolitana de Sao Paulo mostró tasas muy inferiores (1.9 por ciento).

En el balance general, las posibilidades más concretas de movimientos en la escala socio-ocupacional a lo largo de los años ochenta fueron resultado del cambio de posiciones entre los ocupados, en donde la subida de uno originaba el descenso de otro, es decir, por la

¹⁰ Datos relativos a las personas no naturales del municipio con menos de 10 años de residencia, que salieron de la zona rural de otro municipio. No se calculan, por tanto, los flujos rural-urbanos intramunicipales que pueden constituir un volumen significativo numéricamente en relación con el anterior (Carvalho, 1985).

movilidad circular. La intensidad de la mejoría de los indicadores de escolaridad de la PEA ocupada a lo largo de la década (Médici, 1991) sugieren que tal tipo de movilidad fue, de hecho, más importante que en el pasado.

La reevaluación de los niveles de movilidad social en 1982 y 1988 por Pastore y Haller (1993) reveló una modificación significativa del padrón de movilidad social intra e intergeneracional de los jefes de familia en el país, aun cuando parte de la tendencia señalada por ellos se deba tal vez a problemas metodológicos de comparabilidad temporal. Siguiendo los estimados de los autores, los coeficientes de la movilidad intrageneracional señalaron una caída acentuada de la movilidad ascendente, que pasó de 54.2% en 1973 a 26.1% en 1982, y a 27.3% en 1988. De igual forma, la inmovilidad y la movilidad descendente tuvieron aumentos importantes: más de dos terceras partes de los jefes pasaron en 1988 a la condición de inmóviles, cuando en 1973 estaban cercanas a 42%; en 1988 casi 6% descendió en la escala de posiciones, entre el primero y el último empleo, cifra más elevada que en 1973 (4%). Las cifras de movilidad intergeneracional también eran contrastantes: la movilidad ascendente, por ejemplo, descendió de 47% en 1973 a 40% en 1982, y a 37% en 1988.

Es importante observar que, sin negar la validez de las afirmaciones de los autores sobre las tendencias de la movilidad en la década de los ochenta, algunos estimados de los coeficientes de movilidad de

CUADRO 7
Movilidad inter e intrageneracional de los jefes de sexo masculino de 20 a 64 años, Brasil, 1973-1988

| <i>Tipo de movilidad social</i> | <i>1973</i> | <i>1982</i> | <i>1988</i> |
|---------------------------------|-------------|-------------|-------------|
| Movilidad intergeneracional | | | |
| Movilidad ascendente | 47.1 | 39.9 | 37.4 |
| Inmovilidad | 41.6 | 32.4 | 35.2 |
| Movilidad descendente | 11.3 | 27.6 | 27.3 |
| Total | 100.0 | 100.0 | 100.0 |
| Movilidad intrageneracional | | | |
| Movilidad ascendente | 54.2 | 26.1 | 27.3 |
| Inmovilidad | 41.9 | 69.4 | 67.0 |
| Movilidad descendente | 3.9 | 4.5 | 5.7 |
| Total | 100.0 | 100.0 | 100.0 |

Nota: Trabajadores autónomos en el sector agropecuario en el estrato medio-medio.

Fuente: Pastore (1979) y Pastore y Haller (1993).

1982 y 1988 pueden ser un poco inconsistentes porque representaban una variación muy fuerte durante el periodo. Es posible que la modificación y ampliación por la que pasó la clasificación de ocupaciones en las PNAD y en el censo demográfico de 1980 originara problemas de compatibilidad metodológica en el uso de la escala de Valle Silva utilizada por Pastore en 1973 en las PNAD de 1982 y 1988. Parece que uno de los problemas de compatibilidad pudo surgir en las ocupaciones del sector agropecuario, cuando se estableció la categoría específica de trabajadores por cuenta propia (código 301), separada de la categoría de agricultores utilizada en el censo de 1970 y en la PNAD de 1973. En apariencia, Pastore colocó a los trabajadores por cuenta propia en el estrato medio-medio en el cálculo de los estimados de la movilidad para 1982 y 1988 cuando, en realidad, por el ingreso y/o la escolaridad promedio debieron clasificarse en el piso de la escala socio-ocupacional junto a los trabajadores de oficio (Valle Silva, 1985). El grupo de jefes ocupados en puestos de trabajo de estrato bajo-inferior quedó subestimado (y el referente a la posición media-media quedó sobrestimado).¹¹

Parece así que los estimados de movilidad ascendente de Pastore y Haller (1993) para 1982 y 1988, están subestimados porque no contabilizan la movilidad de trabajadores rurales por cuenta propia para el grupo de menor calificación del sector terciario. Por el contrario, los estimados de inmovilidad y movilidad descendente que ofrecen las autoras pueden estar sobrestimados.

Aunque es posible cuestionar la magnitud de las cifras, el hecho es que ellas indican un cambio significativo en el patrón de la movilidad social identificada con anterioridad: en la medida en que se ascendía la escala social, era más difícil movilizarse en la misma. Según la opinión de los autores, así se configuraba un "nuevo fenómeno en la historia de la estructura social brasileña". Según los autores, buena

¹¹ De hecho, y según los estimados de Pastore, la proporción de los jefes ocupados entre 1973 y 1982 en el estrato bajo-inferior pudo descender de 32 a 11% (el fragmento del estrato medio-medio pudo elevarse en el mismo periodo de 18 a 28% de los jefes ocupados). Esta variación del fragmento de jefes en el estrato bajo inferior, entre 1973 y 1980, es mucho más intensa a la observada en la PEA de los empleados en la agricultura (trabajadores de azadón o en la industria pecuaria, en su mayoría), trabajadores no remunerados y trabajadores por cuenta propia, cuando descendieron de 39% de la fuerza de trabajo ocupada a 29% de la misma. Los empleados en 1991 no remunerados y trabajadores por cuenta propia en la industria agropecuaria totalizaban 22%, cifra menor a la de 1980, como era de esperarse, pero también significativamente superior al estimado de jefes ocupados en el estrato bajo inferior levantado por Pastore para 1988 (11 por ciento).

parte de estos cambios podrían ser consecuencia del adelgazamiento de nuevas oportunidades en el mercado de trabajo en los años ochenta, pero otra parte se derivaría de la misma movilidad anterior ascendente de los individuos que a partir de un nivel más elevado, estarían sujetos a mayores riesgos de descender en la escala social. Mantenerse en la misma posición debía enfrentarse como un buen desempeño.

Si se hace un balance de la década en términos de movilidad en los años noventa y se especula sobre las posibilidades de ascensión social, Pastore y Haller (1993) se muestran bastante pragmáticos, y señalan dificultades crecientes. La sociedad brasileña presenciaría la transición de un régimen de movilidad social dirigido más por la movilidad circular que por la movilidad estructural.

En fin, los brasileños continúan teniendo dificultades tradicionales para ingresar a los niveles más elevados de la estructura social –acompañados en la actualidad de amplias posibilidades de descenso en la escala social–. Se trata, sin duda, de un clima muy diferente al que se vivió en las décadas de los años cincuenta y sesenta y parte de los setenta, cuando se ampliaron los mercados de trabajo de modo extraordinario y demandaron el cumplimiento de las nuevas oportunidades de trabajo por gente preparada y no preparada. Una época de gran improvisación y mucho aprendizaje en el sector servicios, donde las personas iban ascendiendo en la escala social, impulsadas en gran parte por la fuerza de expansión del mercado de trabajo y del propio desarrollo económico.

Pasaron tales años dorados y la realidad actual es bastante diferente. La movilidad ascendente es más difícil por tres motivos. En primer lugar, porque el punto de partida es más alto. En segundo lugar, porque las oportunidades de trabajo son menores. En tercer lugar, porque para que suba una persona es necesario que otra descienda, muera o se jubile. Es el inicio de la era de la movilidad circular, la que comienza a tomar el lugar de la movilidad estructural (Pastore y Haller, 1993: 40-41).

La importancia de la movilidad circular en el patrón de movilidad social después de la construcción de la sociedad urbano-industrial brasileña fue uno de los hallazgos importantes e inéditos a que llegó Scalón (1999) en su análisis sobre el tema utilizando los datos de la PNAD de 1988. Según una perspectiva teórico-metodológica distinta a la adoptada por Pastore –lo que dificulta pero no invalida la comparación de resultados entre las investigaciones– la autora constató una fuerte disminución de las cifras de movilidad estructural en detrimento de la expansión de las relativas a la movilidad circular, que llegarían a ser, inclusive, superiores a las primeras (22% de movilidad intergeneracional circular contra 16% de la movilidad estructural para hombres de 20 a 64 años en 1988). Este cambio de patrón

fue la consecuencia, en la misma línea argumentativa de Pastore, del estadio de consolidación, industrialización y urbanización en el país, que no favorecía los cambios estructurales tan significativos en la estructura de ocupaciones como las que se vivieron hasta la década de los años setenta.

Las condicionantes de la movilidad social en la reestructuración productiva

Si la “década perdida” se caracterizó por la inmovilidad social –con cerca de 67% de inmóviles–, los años noventa corren el riesgo de entrar a la historia nacional como la “década más que perdida”, en términos de movilidad.¹² Las condiciones de movilidad estructural ascendente no estarían dadas, al igual que en los años ochenta. En realidad, las condiciones serían todavía más desfavorables que las del pasado reciente. La recesión de los años 1990-1992 parece haber tenido efectos nocivos mucho más amplios en términos sociales y espaciales, alcanzando de manera más aguda a las regiones metropolitanas pero también a los rincones prósperos más recientes del interior del territorio brasileño. Parece que sus efectos sobre el nivel de empleo industrial, combinados con los que iban surgiendo de la apertura comercial acelerada, la ausencia de una política industrial, la desregulación de los mercados y de la competencia, el sostenimiento de tasas de interés elevadas, la sobrevaloración cambiaria después de 1994, no pudieron suavizar la recuperación económica ocurrida a partir de 1993 (Mattoso y Baltar, 1996; Pacheco y Pochmann, 1997; Mattoso y Pochmann, 1995).

De hecho, las tasas de expansión de las ocupaciones en los años noventa se han mantenido más bajas a las promedio de la década pasada, a pesar de un crecimiento económico más vigoroso entre 1994 y 1996. El desempleo separó su trayectoria de la coyuntura económica, convirtiéndose en un grave problema estructural. El comercio y los servicios demostraron su creciente impermeabilidad para absorber las masas desempleadas en la industria y la fuerza de trabajo entrante.

¹² Mattos (1997) defiende, irónicamente, que los años setenta se constituyeron en la “década perdida” porque fue cuando se perdió, frente a la coyuntura del crecimiento económico acelerado, la oportunidad que garantizaba una mejor repartición de los bienes del desarrollo. Tal situación sería mucho más difícil en la coyuntura económica desfavorable durante buena parte de los años ochenta, como lo mostró la experiencia.

Las construcciones civiles tampoco volvió a encontrar su camino, después de un corto periodo de expansión en los primeros cinco años de la década. Las ocupaciones con relación formal de trabajo han perdido sistemáticamente la participación de conjunto. Las funciones de gerencia han disminuido, las de alta calificación han cambiado al sector terciario, y las manuales calificadas de la industria están desapareciendo por la automatización de las plantas. La industria perdió su capacidad de generar funciones diferenciadas al nivel necesario ya que requiere cada día menos mano de obra (Baltar, Dedecca y Henrique, 1997). La reestructuración productiva sería, por tanto, ahorradora de mano de obra en el país, aspecto que no dejarán mentir las enormes ganancias de la productividad industrial en los años noventa.¹³

La recesión de los primeros años de la década, combinada con las medidas “neoliberalizantes” adoptadas por el gobierno (Teixeira, 1992; Cano y Pacheco, 1992; Pacheco y Pochmann, 1997) –asentadas en la apertura acelerada del mercado interno, privatización de las

CUADRO 8

Evolución de los indicadores seleccionados del mercado de trabajo, Brasil, 1992-1997 (porcentajes)

| <i>Indicadores</i> | <i>1992</i> | <i>1995</i> | <i>1997</i> |
|--|-------------|-------------|-------------|
| Tasa de desocupación | 6.5 | 6.1 | 7.8 |
| Ocupados no contribuyentes de la seguridad social | 56.6 | 56.9 | 56.5 |
| Ocupados por cuenta propia en actividades no agrícolas | 20.6 | 21.8 | 21.5 |
| Distribución de ocupados por sector de actividad | | | |
| Agropecuaria y extractiva | 28.3 | 26.1 | 24.2 |
| Industria de transformación | 12.9 | 12.3 | 12.3 |
| Construcción civil | 6.1 | 6.1 | 6.6 |
| Comercio de mercancías | 12.1 | 13.1 | 13.3 |
| Prestación de servicios | 27.8 | 29.1 | 29.9 |
| Servicios sociales/admón. pública | 12.8 | 13.3 | 13.7 |
| Total | 100.0 | 100.0 | 100.0 |

Fuente: PNAD, varios años.

¹³ La productividad industrial creció 7.35% como promedio anual en el primer quinquenio de los años noventa, contra 0.25% de los cinco años anteriores (Bonelli, 1996). En un contexto de crecimiento económico modesto como el de los años noventa, este comportamiento de la productividad originaría la disminución sustancial del personal ligado a la producción (mediante la terciarización de las actividades) y la introducción de insumos importados en los procesos intermedios de producción. Con ello disminuirían los puestos de trabajo en la industria.

empresas estatales y de servicios públicos, políticas fiscales y monetarias restrictivas, sobrevaluación de la moneda nacional— lograron que el nivel de empleo en el país y en Sao Paulo comenzara a mostrar una trayectoria clara y sistemáticamente desfavorable, y día con día se pierdan puestos de trabajo. El perfil de la posición de la mano de obra, que a lo largo de la década de los ochenta siguiera un curso prácticamente sin alteración en el estado de Sao Paulo (Kon, 1994), comenzó a exhibir señales de “agotamiento” por el aumento del sector “informal”. En relación con la distribución de los ocupados por sectores, el proceso de lenta modificación de los años ochenta (que se manifestó por la disminución de la participación de las ocupaciones agropecuarias, aumento equivalente en el sector terciario y sostenimiento del grupo relativo al empleo industrial y en la construcción civil) exhibe un nuevo y maligno ritmo iniciado al final de la década pasada y en la recesión de 1991-1992, particularmente en la Región Metropolitana de Sao Paulo. Troyano resumió las tendencias del mercado de trabajo metropolitano entre 1989 y 1992:

El análisis efectuado indica que a lo largo de la crisis económica se dio un deterioro global de las condiciones del mercado de trabajo. El aumento del desempleo, la inestabilidad en el nivel de ocupación, seguida de la importante caída en 1992, y la reducción pronunciada del ingreso por el trabajo, evidenciaron tal situación.

El estudio de los diferentes segmentos ocupacionales mostró que el deterioro fue generalizado. Se dio un fuerte detrimento en las condiciones de trabajo, en términos de reducción de los ingresos reales para los trabajadores que permanecieron ocupados, y pérdida de empleo o trabajo, en especial entre los asalariados con cartera de trabajo asignada en la empresa privada. Esta pérdida se refleja en la reducción absoluta de los niveles de empleo y en las tasas elevadas de desempleo registradas en el periodo de análisis. Así, la estructuración de los salarios es frágil, aunque predomine en la región como patrón de organización, sujeta al deterioro, y sin ninguna garantía para proteger el menoscabo de las condiciones de trabajo, aun en el tipo de contratación más formal (Troyano, 1996: 204).

En esta misma línea, al analizar los efectos de la reestructuración productiva de los años noventa sobre segmentos medios de la sociedad paulista —asalariados de *cuello blanco* del sector formal— Quadros (1997) reveló la reducción acentuada de los puestos de gestión superior (directores, gerentes y asesores) que descendieron 30% en relación con el contingente empleado en 1989, y en el sector financiero los cortes fueron mucho más elevados (61%). La clase media que ascendiera durante el “milagro”, o con anterioridad, y que consiguiera mantener su situación social en los años ochenta —si bien más empo-

brecida– inició la década de los noventa en un clima de mayor inseguridad y mucho más susceptible de vivir riesgos de entrar al trabajo informal o autónomo no regular. Las condiciones para que la clase media lograra una movilidad ascendente estarían más restringidas que en el pasado, y dentro de este contexto:

[...] De hecho, lo que interesa es permanecer entre los que se han diferenciado de la masa popular –una situación precaria a la cual están siendo empujados importantes contingentes de la clase media media y media baja.

Y precisamente son las condiciones de la inclusión o permanencia entre los diferenciados las que están cambiando grandemente.

En primer lugar, todo lleva a creer que los espacios sociales para este grupo social están restringiéndose de manera significativa. Por otro lado, son igualmente relevantes los cambios que ocurren en los canales de acceso. Y ambos procesos afectan enormemente las perspectivas de las condiciones de las generaciones más jóvenes de la clase media, las que deben conquistar su posición en la sociedad (Quadros, 1997: 181).

El “deterioro” de los puestos de mandos medios también estuvo acompañado de la terciarización de los servicios de alimentación, limpieza y transporte en las grandes empresas, funciones hasta entonces desempeñadas por cuadros internos. Si tal reestructuración representaba la reducción de costos para las empresas (Matesco, 1996), este proceso para los funcionarios “terciarizados” significaba un claro deterioro de las condiciones de trabajo, ya sea por la pérdida de los beneficios indirectos que antes disfrutaban las grandes empresas, o por estar expuestos a los riesgos de mayor rotación y desempleo de las actividades ligadas a la prestación de servicios.

Los escenarios muestran que la desestructuración del mercado de trabajo paulista y nacional ha sido tan intensa que la misma identificación de la movilidad social con la movilidad ocupacional ha perdido la validez que le fue inherente en el pasado. Las relaciones de trabajo, la forma de inserción en el proceso productivo, y la vinculación sectorial de las actividades ocupacionales se convirtieron en matices tan variados y coyunturales que significan desafíos adicionales para identificar la naturaleza ascendente, o no ascendente, de los cambios de posiciones ocupacionales en el mercado. La redefinición de los contenidos y funciones principales de las ocupaciones existentes y el surgimiento de nuevas ocupaciones, o más genéricamente, la “posfordización” de las relaciones de producción –manifestada por la anulación de las funciones de mandos medios, automatización creciente, sistemas de producción que ya no tienen como base economías de es-

cala sino economías de alcance, *empowerment* de las actividades del suelo de la fábrica (Barros Silva y Médici, 1992)– están provocando cambios substantivos en el espectro ocupacional, alterando posiciones relativas de estatus y ganancias entre las profesiones hasta ese momento estables. Ser médico, profesor, tornero, mecánico o jornalero, tener una cartera asignada, o no tenerla, ser trabajador por cuenta propia, o no serlo, configuran situaciones sobre la posible situación social del individuo que en la actualidad son menos claras que en el pasado.

Además, tomando en cuenta el programa de estudios sobre movilidad social y migración, es preciso reconocer que la relación paradigmática entre empleo y movilidad espacial –que está en el génesis y programa de estudios de migración desde el siglo pasado, en especial en los que se dedican a estudiar el proceso de las sociedades en desarrollo, sea una perspectiva macroestructural o una perspectiva microsocial (Pacheco y Patarra, 1997; Salim, 1992)– parece estar perdiendo su poder explicativo. La migración no estaría condicionada únicamente por los desequilibrios regionales de oferta y demanda de empleos, o por el balance racional del individuo que busca un mejor empleo, sino más bien en función de buscar una vivienda menos costosa, una mejor oferta de servicios públicos y privados, una mejor calidad de vida, proximidad a la familia, etc. (Antico, 1997).

El panorama de la movilidad social y espacial sería, en este nuevo contexto, mucho más diverso que el configurado en la década pasada, de más ineptitud en el destino y los resultados netos del proceso. Como bien observa Pacheco y Patarra (1997):

El Brasil de la década de los ochenta era un presagio de los dilemas que observamos con mayor violencia en los años noventa: poca capacidad de acomodar las tensiones sociales y de incorporar nuevos individuos al mercado formal de trabajo; un desarrollo en el interior resultado más de la debilidad de las economías de las metrópolis que del crecimiento sustentado de las diversas *hinterlands* [interior] de ese país; intensa movilidad espacial de la población, dentro de una tipología de movimientos mucho más compleja que los modelos clásicos de la migración de larga distancia heredados de décadas pasadas; inseguridad social del periodo anterior e imposibilidad de reducir la desigualdad. Un país en que las personas continúan buscando la esperanza de mejorar, si bien su destino es más incierto cada día, hasta entonces representado por la ciudad grande, en donde la enorme disparidad entre los individuos estaba suavizada por la sensación subjetiva y, en ocasiones objetiva, de una mejoría futura en la calidad de vida (Pacheco y Patarra, 1997: 48-49).

Los datos del Censo General de la Población de 1996 no pueden ser más claros en el periodo reciente en el país en relación con la incertidumbre de las tendencias migratorias. En la región Norte, Mato Grosso y Rondonia, *loci* privilegiados de la frontera agrícola en los años cincuenta, y que hasta hace poco exhibían una de las tasas más elevadas de crecimiento demográfico del país, presentaron una reducción importante en sus tendencias de crecimiento, y después exhiben tasas superiores al promedio nacional, de 1.4% anual (Baeninger, 1998). Se observó una reducción menor, importante también, en las tasas de crecimiento de la población en la región Centro-Oeste. Por primera vez, después de haberse agotado la frontera agrícola del Sur en los años sesenta, Paraná presentó una tasa de crecimiento demográfico por encima de 1% anual. La Región Metropolitana de Curitiba creció con gran rapidez en esos cinco años. Después de un pequeño letargo en la década de los años ochenta, los flujos migratorios del Nordeste parecen tomar fuerza de nuevo, en especial los dirigidos a la metrópoli paulista y que llegó a crecer en los primeros cinco años de la década, con más rapidez que el promedio nacional, haciendo que la tendencia de la “desmetropolización” mencionada por Martine (1994), que sugerían los datos del censo de 1991, sea relativa. Los escenarios futuros de la dinámica migratoria adquieren, sin duda, contornos más complejos, más difíciles de ser anticipados, al igual que en los periodos de la construcción de la sociedad urbano-industrial en Brasil.

CUADRO 9
Evolución de la población e indicadores demográficos, Brasil, 1970-1996

| <i>Indicadores</i> | <i>1970</i> | <i>1980</i> | <i>1991</i> | <i>1996</i> |
|--|-------------|-------------|-------------|-------------|
| Población total (miles personas) | 93 139 | 119 003 | 146 825 | 157 080 |
| Población urbana (miles personas) | 52 085 | 80 436 | 110 991 | 123 082 |
| Tasa de urbanización | 55.9 | 67.6 | 75.6 | 78.4 |
| Éxodo rural (miles personas) | 14 413 | 12 145 | 5 781 | — |
| Tasas de crecimiento anual en el periodo | | | | |
| Población total | 2.5 | 1.9 | 1.4 | — |
| Población urbana | 4.4 | 2.3 | 2.1 | — |
| Región Norte | 4.9 | 3.9 | 1.9 | — |
| Región Nordeste | 2.2 | 1.8 | 1.1 | — |
| Región Sudeste | 2.6 | 1.8 | 1.4 | — |
| Reg. Metropolitana de Sao Paulo | 4.5 | 1.9 | 1.5 | — |
| Región Sur | 1.4 | 1.4 | 1.2 | — |
| Región Centro-Oeste | 4.1 | 3.0 | 2.2 | — |

Fuente: IBGE (1996), Camarano y Abramovay (1998), Baeninger (1998).

Las perspectivas de la movilidad social en el contexto en que se procesa la reestructuración productiva del país no parecen, sin embargo, difíciles de presuponer. La posibilidad de movilidad social surge de la movilidad circular, cuyos efectos finales sobre la movilidad ascendente son mucho menores que los de la movilidad estructural. Además, la propia movilidad circular ascendente está restringida a segmentos de trabajadores específicos, de personas con más calificación, que sólo pueden ascender si descienden otros con menos calificación. Los efectos de la movilidad social de trabajadores rurales son cada vez menores, en la medida en que los flujos rural-urbanos pierden parte de su fuerza del pasado (por el número actual de residentes en el campo Camarano y Abramovay, 1998). En fin, las perspectivas de la movilidad social en los noventa, a la luz de las manifestaciones concretas de la reestructuración productiva del país, son de aumento del grupo de movilidad descendente o, en la mejor de las hipótesis, de aumento de la inmovilidad.

A guisa de conclusión: evidencias empíricas de la movilidad social de migrantes y no migrantes según la PNAD de 1996

El aumento de la movilidad descendente y de la inmovilidad social son, de hecho, las tendencias que pueden inferirse a partir de los datos divulgados en la PNAD de 1996, que en su levantamiento de campo incluyó un suplemento relativo a la movilidad social de las personas de referencia y cónyuges en los domicilios. Si se reproduce el análisis de movilidad intergeneracional de Pastore (1979), con el mismo universo de análisis –hombres jefes de familia de 20 a 64 años– y escala socio-ocupacional –seis estratos con base en el índice de posición social de ocupaciones de Valle Silva (1978), con el grupo de trabajadores rurales autónomos en el estrato medio-medio– puede apreciarse que la movilidad descendente alcanzó la cifra de 28% de los jefes, en relación con la posición del país, grupo un poco mayor al de 1988. La inmovilidad alcanzó casi 36.4% de los jefes y la movilidad ascendente, 35.6 por ciento.

Si se calculan de nuevo los coeficientes de movilidad inter e intrageneracional bajo las mismas condiciones anteriores pero con un grupo de trabajadores rurales autónomos en el estrato bajo inferior de la escala de Valle Silva –lugar donde sería más correcto colocarlo en función de ingresos y/o escolaridad media (Valle Silva, 1985), y en donde aparentemente se colocó ese grupo en el estudio de Pastore (1979)– se observan tendencias que también parecen corroborar las dificultades

crecientes de la movilidad social ascendente en los años noventa.¹⁴ Si se toman los estimados de la movilidad intrageneracional, más adecuados para analizar los cambios recientes del patrón de movilidad social en el país, se observa una clara y severa disminución de movilidad ascendente (de 54 a 31% entre 1973 y 1996), y el aumento correspondiente de la inmovilidad y movilidad ascendente. Desde luego debe tomarse en consideración que parte de estos cambios deben cargarse al punto de partida más elevado del grupo de los individuos investigados en 1996. En la PNAD de 1973, cerca de 60% de los jefes de familia estaban ocupados en puestos de trabajo en el piso de la escala de Valle Silva, frente a 35% por la PNAD de 1996 (estrato bajo-inferior). Aun así, es posible que el aumento de 4 a 9% de las cifras de movilidad descendente y de 42 a 60% de la proporción de los inmóviles, represente las dificultades crecientes que vivieron los trabajadores para mantener su posición socio-ocupacional alcanzada a partir de los años ochenta.¹⁵

CUADRO 10

Movilidad inter e intrageneracional de los jefes de sexo masculino de 20 a 64 años, Brasil, 1973-1996 (compatible con definiciones de Pastore, 1979)

| <i>Tipo de movilidad social</i> | <i>Intergeneracional</i> | | <i>Intrageneracional</i> | |
|---------------------------------|--------------------------|-------------|--------------------------|-------------|
| | <i>1973</i> | <i>1996</i> | <i>1973</i> | <i>1996</i> |
| Movilidad ascendente | 47.1 | 48.1 | 54.2 | 31.1 |
| Inmovilidad | 41.6 | 39.2 | 41.9 | 60.0 |
| Movilidad descendente | 11.3 | 12.7 | 3.9 | 8.9 |
| Total | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 |

Nota: Trabajadores autónomos en el sector agropecuario en el estrato bajo-inferior.

Fuente: 1973: Pastore (1979); 1996: elaboración propia a partir de la PNAD de 1996.

¹⁴ El grupo de trabajadores por cuenta propia (código 301) se colocó, según el cálculo de los estimados de movilidad, en el estrato ocupacional medio-medio, para poder compararlos con las cifras de movilidad para 1982 y 1988 presentadas por Pastore y Haller (1993). Vale observar que el estatus socio-ocupacional del padre en la PNAD de 1996 se refiere al momento en que el individuo tenía 15 años, y las investigaciones anteriores se referían al momento de entrada al mercado de trabajo, situación ocurrida en 70% de los individuos analizados en 1996, a edades de hasta 14 años. Además, en la PNAD de 1996, así como en todas las de la década actual, ya no existe el concepto de jefe de familia o domicilio, pero sí el de persona de referencia, cuya identificación con el sexo masculino es –en apariencia– menos intensa que la del concepto anterior. Más bien se trata de una cuestión metodológica a considerarse si se comparan las cifras de movilidad de la PNAD de 1996 con las cifras de investigaciones anteriores.

¹⁵ Los estimados de movilidad inter e intrageneracional aquí presentados son semejantes a los divulgados en el informe publicado en la revista *Veja*, edición 1602, núm. 24, del 16/06/1999, pp. 68-81, con datos cuya base también fue la PNAD de 1996.

Las cifras relacionadas con la movilidad intergeneracional son mucho más cercanas a las obtenidas por Pastore (1979) para la PNAD de 1973. Era de esperarse que los resultados fueran similares ya que los padres de los jefes de familia en 1973 y 1996 estaban colocados, en su gran mayoría, en ocupaciones rurales del estrato bajo-inferior (65% por el PNAD de 1973 y 56% por la PNAD de 1996). El aumento poco significativo de la movilidad intergeneracional ascendente pudo ser resultado de los efectos positivos de que en los años sesenta y setenta se ampliaron las oportunidades de escolaridad básica, y que en los años noventa pudieron tener efectos en la generación de los jefes de familia con 30 años o más. Aun así, y con base en el análisis de movilidad intergeneracional, el aumento del estimado de movilidad circular, que pudo aumentar en 1974 de 26 a 32% en 1996, corrobora las afirmaciones anteriores en cuanto a las crecientes dificultades que enfrenta la mano de obra que desea ascender en la estructura ocupacional.

También se examinan las tendencias ya mencionadas por Pastore relativas a la movilidad de los migrantes interestatales, en especial entre aquellos que se dirigieron a Sao Paulo: presentaron cifras de movilidad social ascendente más elevadas a las de los no migrantes (no naturales del estado de residencia), ya sea en relación con el país o con la primera ocupación ejercida a partir de los 15 años. El aumento de la movilidad ascendente de los migrantes (34% frente a 30% entre los no migrantes, en la movilidad intrageneracional) se debe todavía al peso y desempeño observado entre trabajadores rurales que llegaron a las ciudades en las últimas décadas, y que consiguieron insertarse en ocupaciones de baja calificación en la prestación de servicios y en la construcción civil, con lo que ascendieron un peldaño, en general, en la escala socio-ocupacional. De hecho, si tal cambio ocupacional no fuera considerado como movilidad vertical –de trabajador agrícola al bajo terciario urbano– la cifra de movilidad ascendente bajaría de 31 a 27 por ciento.¹⁶

Tales resultados pueden ofrecer una explicación que da cuenta del enorme volumen de flujo de migrantes que se dirigen del Nordeste rural a la Región Metropolitana de Sao Paulo, con todos los sinsabores por los que el mercado de trabajo metropolitano ha vivido desde los años ochenta. Es posible que para el migrante que proviene de la zona rural, las condiciones estructurales de la localidad de origen,

¹⁶ Esta cifra se calculó como si las categorías socio-ocupacionales de estatus más bajo –estrato bajo-inferior y bajo-superior– se hubieran fundido en una sola, eliminando los cambios de ocupación entre tales niveles.

el volumen cuantitativo y diversidad de oportunidades ocupacionales ahí generadas, y el contexto institucional que ya existe, sean obstáculos mayores para que pueda lograr una mejoría en la inserción socio-ocupacional a las condiciones que prevalecen en los mercados de trabajo más estructurados y diversificados para generar puestos de trabajo, si bien menos dinámicos en términos relativos.¹⁷

No debe dejarse de lado que si bien los migrantes presentaron una movilidad ascendente más elevada, las cifras de movilidad entre ellos también presentaron una variación mayor. Como ya se demostró, el estimado de Pastore sobre movilidad intrageneracional ascendente de los migrantes en 1973 era de 57%, 19 puntos porcentuales más elevado que el estimado de la PNAD de 1996 (entre los no migrantes el descenso fue de siete puntos porcentuales).

Como era de esperarse, los migrantes con más tiempo de residencia presentaban en 1996 un nivel de movilidad ascendente más elevado. El conocimiento profundo de las oportunidades y reglas del mercado de trabajo en la sociedad de destino, la acumulación de capital para montar un negocio propio y el aprendizaje de los requisitos exigidos por los patrones, sin duda representan nuevas posibilidades de inserción ocupacional para el migrante (Martine y Peliano, 1978; PREALC, 1983). No debe dejarse de lado, por tanto, que además de la adaptación positiva del grupo de migrantes, las cifras de movilidad según el tiempo de residencia reflejan, en alguna medida, la “evasión selectiva de los menos aptos” para competir en el mercado de trabajo, además de la dificultad diferenciada de inserción ocupacional frente a la coyuntura cada día más difícil, de encontrar empleo hacia el final de la década de los ochenta, así como en los años noventa. El aumento en la migración de retorno, en especial de los originarios de la Región Metropolitana y con destino al Nordeste, son evidencias de la importancia creciente de este mecanismo (Cunha, 1996).

En fin, los ciclos de corta prosperidad, cada vez más frecuentes y, a la vez más largos por las dificultades económicas, parecen estar minando las posibilidades concretas que la expansión industrial de la posguerra generó para facilitar la movilidad social de amplios grupos de población en Brasil, fueran migrantes o no. Los cambios significativos en la estructura social dependen de la movilidad estructural, que sólo pueden desencadenarse por un desarrollo económico de movi-

¹⁷ Se observa que, a pesar que el mercado de trabajo metropolitano creciera en términos absolutos a tasas menores a las de algunas regiones del país, es decir, en términos del volumen de ofertas de plazas disponibles, aún se muestra muy atractivo.

CUADRO 11
Movilidad inter e intrageneracional de las personas de referencia
de sexo masculino de 20 a 64 años. Escala de Valle Silva (1974)
usada por Pastore (1979); Brasil, 1996

| <i>Segmento poblacional</i> | <i>Movilidad intergeneracional</i> | | | |
|--------------------------------------|------------------------------------|----------------|-------------------|--------------|
| | <i>Descendente</i> | <i>Inmóvil</i> | <i>Ascendente</i> | <i>Total</i> |
| Total | 12.7 | 39.2 | 48.1 | 100 |
| No migrantes* | 12.9 | 42.3 | 44.8 | 100 |
| Migrantes | 11.9 | 29.5 | 58.6 | 100 |
| Con 0-4 años de residencia | 14.0 | 30.7 | 55.3 | 100 |
| Con 5-9 años de residencia | 14.5 | 25.9 | 59.6 | 100 |
| Con 10 o más de residencia | 11.0 | 29.8 | 59.2 | 100 |
| Residentes en el estado de Sao Paulo | 12.7 | 29.5 | 57.8 | 100 |
| No migrantes* | 13.9 | 33.9 | 52.2 | 100 |
| Migrantes | 10.5 | 22.1 | 67.4 | 100 |

| <i>Segmento poblacional</i> | <i>Movilidad intrageneracional</i> | | | |
|--------------------------------------|------------------------------------|----------------|-------------------|--------------|
| | <i>Descendente</i> | <i>Inmóvil</i> | <i>Ascendente</i> | <i>Total</i> |
| Total | 8.9 | 60.0 | 31.1 | 100 |
| No migrantes* | 8.8 | 61.1 | 30.1 | 100 |
| Migrantes | 9.1 | 56.9 | 34.0 | 100 |
| Con 0-4 años de residencia | 10.9 | 58.2 | 30.9 | 100 |
| Con 5-9 años de residencia | 10.4 | 55.8 | 33.8 | 100 |
| Con 10 o más de residencia | 8.6 | 56.9 | 34.5 | 100 |
| Residentes en el estado de Sao Paulo | 9.3 | 54.8 | 35.9 | 100 |
| No migrantes* | 9.3 | 55.9 | 34.8 | 100 |
| Migrantes | 9.4 | 53.0 | 37.6 | 100 |

* Estatus migratorio definido como condición de naturalidad en el estado de residencia actual.

Trabajadores autónomos en el sector agropecuario en el estrato bajo inferior.

Fuente: PNAD de 1996. Elaboración del autor.

miento sustentado y de largo plazo que garantice la generación de oportunidades ocupacionales más complejas y en larga escala para la fuerza de trabajo. Al final...

La movilidad social es condición y efecto del proceso de desarrollo. Depende, así, de cambios estructurales (transformaciones estructurales, tipo de empleo y espectro ocupacional) y capacidades individuales (educación, experiencia, información y relación). El peso de cada especie de factores depende del estadio y ritmo de desarrollo de la sociedad (Peliano, 1992: 134).

Con la pérdida de dinamismo en la generación de empleos en el país a partir de los años ochenta, las posibilidades de movilidad social –para migrantes o no– en la disputa por las vacantes abiertas, dependían cada vez más de los atributos individuales. Si una cantidad sube en la escala socio-ocupacional, otro tanto desciende en igual medida, para así reforzar, por un lado, las cifras de movilidad ascendente y, por el otro, las relacionadas con la movilidad descendente. Las posibilidades de cambios importantes en la estructura social brasileña son, dentro de este contexto, muy inferiores a las del pasado.

Si con anterioridad podía ascenderse apenas uno o dos escalones de la pirámide socio-ocupacional, la población ocupada de la actualidad debe hacer mayores esfuerzos para mantener su equilibrio en el lugar alcanzado. Si antes la movilidad espacial en dirección a las regiones de mayor dinamismo económico garantizaba –en buena medida– la movilidad social relativa a la posición disfrutada en la localidad de origen, en la actualidad es un hecho que el migrante encontrará, a medida que asciende en la escala socio-ocupacional, más dificultades para conseguir un puesto de trabajo en el lugar de destino.

Las evidencias aquí discutidas se dirigen a la necesidad de retomar los estudios sobre la inserción social del migrante en la sociedad de destino con mayor empeño, después del relativo olvido por el que atravesó el tema después de los “años dorados” de los estudios sobre migración y trabajo en los años setenta (Cunha, 1995). Las bases de datos disponibles en la actualidad, y la bibliografía ya consolidada de esos años pueden, sin duda, permitir avances importantes sobre las articulaciones recíprocas entre la movilidad social y la migración, para lo cual este trabajo intentó contribuir de manera modesta.

ibliografía

- Meida, J. (1974), *Industrialização e emprego no Brasil*, Río de Janeiro, IPEA/IN-PES.
- Andrade, F. C. D. y R. N. Rodrigues (1996), “Mobilidade social na Região Metropolitana de Belo Horizonte”, en *Encontro Nacional de Estudos Populacionais*, X, vol. 1, Caxambu, Belo Horizonte, ABEP, pp. 407-436.
- Antico, Claudia (1997), “Por qué migrar?”, en N. Patarra *et al.*, *Migrações, condições de vida e dinâmica urbana*, Campinas, Inst. Economía, Unicamp/FA-PESP.
- Beninger, R. (1998), “A nova configuração urbana no Brasil; desaceleração metropolitana e redistribuição da população”, en *Encontro Nacional de Estudos Populacionais* X, vol. 2, Caxambu, Belo Horizonte, ABEP, pp. 729-772.

- Baltar, P. E. A., C. S. Dedecca y W. Henrique (1997), "Mercado de trabalho no Brasil", en C. E. B. Oliveira, y J. E. L. Mattoso (coords.) *Crise e trabalho no Brasil*, Sao Paulo, Scritta, pp. 87-108.
- Barros Silva, P. L. y A. Medici (1992), "A administração flexible: uma introdução às novas filosofias de gestão, Rio de Janeiro, ENCE/IBGE (informe técnico).
- Beltrão, K. y M. H. T. Henriques (1987), "Modelagem da migração líquida rural-urbana no Brasil: décadas de 1960/1970 e 1970/1980", *Previdência em Dados*, vol. 2, núm. 3, pp. 23-36.
- Bianchi, A. M. (1983), *Mobilidade, estratégia de sobrevivência*, Sao Paulo, FIPE.
- Bonelli, R. (1996), "Produtividade industrial nos anos 90: controversias e quase fatos", en IPEA, *Economia Brasileira em Perspectiva*, vol. 2, pp. 619-647.
- Boudon, R. (1973), *A desigualdade das oportunidades*, Brasília, Ed. UnB.
- Cacciamali, M. C. (1992), "Mudanças estruturais e ajustamento do mercado de trabalho no Brasil na década de oitenta", *Estudos Económicos*, núm. 22, pp. 133-150.
- Caiado, A. S. C. (1996), "Desenvolvimento regional: novos requisitos para a localização industrial em São Paulo", *São Paulo em Perspectiva*, vol. 10, núm. 2, pp. 54-59.
- Camarano, A. A. y R. Abramovay (1998), "Exodo rural, envelhecimento e masculinização no Brasil: panorama dos últimos cinquenta anos", en *Encontro Nacional sobre Migração*, Curitiba, ABEP/IPARDES, pp. 303-327.
- Canelas, R. G. V. (1980), "Migração e mobilidade social na sociedade nordestina", Sao Paulo, tesis de maestría en Economía, FEA/USP.
- Cano, W. y C. A. Pacheco (1992), "Trajetórias económicas e demográficas para a década de 90", en SEADE, *São Paulo no limiar do século XXI*, vol. 1, pp. 217-298.
- Carvalho, J. A. M. (1985), "Estimativas indiretas e dados sobre migrações: uma avaliação conceitual e metodológica das informações censitárias recentes", *Revista Brasileira de Estudos Populacionais*, vol. 2, núm. 1, pp. 31-73.
- Castro, M. G. et al. (1980), "O processo de inserção do migrante na sociedade urbano industrial", en Helio Moura (coord.), *Migração interna: textos selecionados*, Fortaleza, BNB-ETENE, pp. 871-906.
- CEPAL (1989), *Transformación ocupacional y crisis social en America Latina*, Santiago.
- (1996), *Impacto de las tendencias demográficas sobre los sectores sociales en América Latina: contribución al diseño de políticas y programas*, Santiago, CEPAL/CELADE.
- Costa, M. A. (1975), *Urbanização e Migração urbana no Brasil*, Rio de Janeiro, IPEA/INPES.
- Cunha, J. M. P. (1995), "O uso da informação do Censo de 1980 sobre migração: até onde avançamos", Campinas, NEPO (mimeo.).
- (1996), "A mobilidade intra-regional no contexto das mudanças no padrão migratorio nacional: o caso da região metropolitana de São Pau-

- lo”, en *Encontro Nacional de Estudos Populacionais X*, vol. 2, Caxambu, Belo Horizonte, ABEP, pp. 789-811.
- Faria, V. (1986), “Mudanças na composição do emprego e na estrutura das ocupações”, en E. Bacha y H. Klein (comps.), *A transição incompleta*, vol. 1, Rio de Janeiro, Paz e Terra, pp. 75-112.
- Guimarães Neto, L. (1995), “Dinâmica recente das economías regionais brasileiras”, en *São Paulo em Perspectiva*, vol. 9, núm. 3, pp. 24-37.
- IBGE (1996), *Tendências demográficas: uma análise a partir dos resultados do Censo Demográfico de 1991*, Rio de Janeiro.
- Jannuzzi, P. M. (1998), “Mobilidade ocupacional e social dos migrantes no estado de São Paulo: 1980-1993”, Campinas, tesis de doctorado en Demografía, IFCH/Unicamp.
- Kon, A. (1994), “Perfil ocupacional dos assalariados paulistas”, *São Paulo em Perspectiva*, vol. 8, núm. 4, pp. 101-108.
- Lattes, A. E. (coord.) (1982), *Migración y desarrollo*, Buenos Aires, CLACSO (informe de investigación, serie Población).
- Lerner, S. (coord.) (1972), *Migración y desarrollo*, Buenos Aires, CLACSO (informe de investigación, serie Población).
- Martine, G. (1980), “Adaptação dos migrantes ou sobrevivência dos mais fortes”, en H. Moura (coord), *Migração interna: textos selecionados*, Fortaleza, BNB-ETENE, pp. 949-974.
- y J. C. Peliano (1978), *Migrantes no mercado de trabalho metropolitano*, Rio de Janeiro, IPEA (Estudos para o Planejamento, 19).
- (1994), “A redistribuição espacial da população brasileira durante a década de 80”, Brasília, IPEA (texto para discusión, 329).
- Mata, M. et al. (1973), *Migrações internas no Brasil: aspectos económicos e demográficos*, Rio de Janeiro, IPEA/INPES.
- Matesco, V. R. (1996), “A dinâmica da reestruturação produtiva das empresas no Brasil”, en IPEA, *Economia Brasileira em Perspectiva*, vol. 2, Rio de Janeiro, pp. 609-617.
- Mattos, F. A. M. (1997), “Crescimento económico e redistribuição de renda no Brasil (com ênfase no Plano Real)”, *Cadernos da FEA*, vol. 2, núm. 7.
- Mattoso, J. E. L. y M. Pochman (1995), “Globalização, concorrência e trabalho”, en *Encontro Nacional de Estudos do Trabalho, IV*, Sao Paulo, ABET, pp. 1565-1588.
- y P. E. A. Baltar (1996), “Transformações estruturais e emprego nos anos 90”, *Cadernos do Cesit*, núm. 21.
- Médici, A. C. (1991), “Sem régua nem compasso”, Rio de Janeiro, ENCE/IBGE (informe técnico).
- Merllié, D. y J. Prévot (1997), *La mobilité sociale*, París, La Découverte.
- Merrick, T. W. y D. Graham (1981), *População e desenvolvimento económico no Brasil*, Rio de Janeiro, Zahar.
- Pacheco, C. A. (1996), “A questão regional brasileira pós 1980: desconcentração económica e fragmentação da economía nacional”, Campinas, tesis de doctorado en Economía, IE/Unicamp.

- y M. Pochmann (1997), “Expansão urbana e mercado de trabalho no Estado de São Paulo: um perfil econômico das principais regiões administrativas nos anos noventa”, Campinas (mimeo.).
- y N. Patarra (1997), “Movimentos migratorios nos anos 80: novos padrões?”, en N. Patarra *et al*, *Migração, condições de vida e dinâmica urbana: 1980-1993*, IE/Unicamp-FAPESP, pp. 25-54.
- Paiva, P. (1986), “Cinquenta anos de crescimento populacional e absorção de mão-de-obra no Brasil: de 1950 a 2000”, *Revista Brasileira de Estudos Populacionais*, vol. 3, núm. 1, pp. 63-88.
- Pastore, J. (1979), *Desigualdade e mobilidade social no Brasil*, Sao Paulo, T. A. Queiroz/EDUSP.
- (1986), “Desigualdade e mobilidade social: dez anos depois”, en E. Bacha y H. Klein, *A transição incompleta*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, pp. 31-59.
- y A. Haller (1993), “O que está acontecendo com a mobilidade social no Brasil?”, en R. Albuquerque y J. P. R. Velloso (comps.), *Pobreza e mobilidade social*, Sao Paulo, Nobel, pp. 25-52.
- Patarra, N. (1978), “Dinâmica populacional e urbanização no Brasil: o período pós-30”, en B. Fausto (coord.), *História Geral da Civilização Brasileira*, vol. 3, núm. 4, pp. 249-268.
- y J. M. P. Cunha (1987), “Migração: um tema complexo”, *São Paulo em Perspectiva*, vol. 1, núm. 2, pp. 32-35.
- Peliano, J. C. (1992), “Distribuição de renda e mobilidade social no Brasil: a ordem e o progresso desiguais”, Campinas, tesis de doctorado en economía, IE/Unicamp.
- PREALC/OIT (1983), *Movilidad ocupacional y mercado de trabajo*, Santiago.
- (1991), *Empleo y equidad: el desafío de los 90*, Santiago.
- Quadros, W. J. (1985), “A nova classe média brasileira: 1970-1980”, Campinas, tesis de maestría en Economía, IE/Unicamp.
- (1997), “A reestruturação das empresas e o emprego da classe média”, en C. E. B. Oliveira y J. E. L. Mattoso, *Crise e trabalho no Brasil*, Sao Paulo, Scritta, pp. 171-188.
- Sabóia, J. (1995), “Mercado de trabalho no Brasil – evolução e tendencias recentes”, en *Encontro Nacional de Estudos do Trabalho, IV*, Sao Paulo, ABET, pp. 1123-1148.
- Salim, C. (1992), “Migração: o fato e a controversia”, en *Encontro Nacional de Estudos Populacionais, VIII*, Brasilia, ABEP, pp.119-143.
- Scalon, M. C. (1999), *Mobilidade social no Brasil: padrões e tendências*, Rio de Janeiro, IUPEB/Revan.
- Teixeira, A. (1992), “Vinte anos de política econômica: evolução e desempenho da economia brasileira de 1970 a 1989”, en SEADE, *São Paulo no limiar do século XXI*, núm. 1, pp. 85-122.
- Troyano, A. A. (1996), “Precarização do mercado de trabalho na Região Metropolitana de São Paulo, 1989-1992”, en J. B. Figueiredo, *Las institucio-*

- nes laborales frente a los cambios en América Latina*, Ginebra, OIT, pp. 187-218.
- Valle Silva, N. (1978), *Posição social das ocupações*, Río de Janeiro, IBGE (mimeo.).
- (1979), “As duas faces da mobilidade”, *Dados*, núm. 21, pp. 49-67.
- (1981), “Independência, quase independência e mobilidade social no Brasil”, Río de Janeiro, LNCC (Relatório de pesquisa e desenvolvimento).
- (1985), “Atualização da escala socioeconômica de ocupações para 1980”, Río de Janeiro, LNCC (Relatório de pesquisa e desenvolvimento).
- y D. Roditi (1986), “*Et plus ça change... tendências históricas da fluidez social no Brasil*”, *Dados*, vol. 29, núm. 3, pp. 345-363.
- Weiss, P. (1986), *La mobilité sociale*, París, PUF.
- Wood, C. y J. A. M. Carvalho (1994), *A demografia da desigualdade*, Brasília, IPEA.